



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

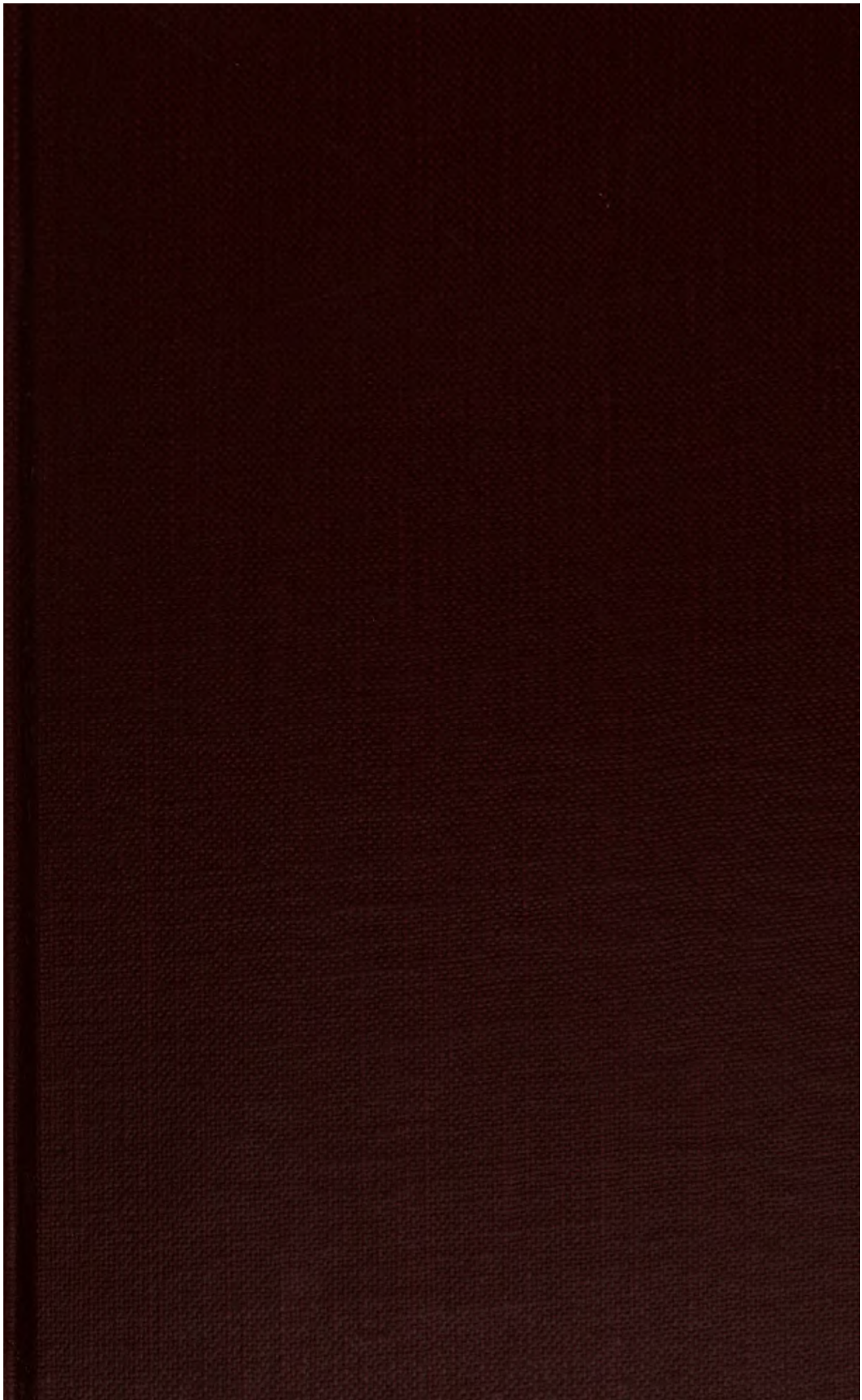
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



~~273 E. 42.~~



REP. S. 2548

~~DSR 2192 A.1~~



—



2013

EL VERANEIO DE LUZ FANJUL

OBRAS DEL AUTOR

Publicadas

Critica:

Los Contemporáneos (Apuntes para una historia de la literatura hispano-americana á principios del siglo XX.)—1.^a serie.—Dos volúmenes.—Garnier Hermanos, Editores.—París, 1907.

Los grandes maestros: I. Salvador Rueda y Rubén Darío.—Gregorio Pueyo, Editor.—Madrid, 1908.

Historia de la novela en España desde el romanticismo á nuestros días.—Saénz de Jubera, Hermanos, Editores.—Madrid, 1909.

Los Contemporáneos.—2.^a serie.—París, 1909.

Los grandes maestros: II. Vicente Blasco Ibáñez.—F. Sempere, Editor.—Valencia, 1909.

Poesia:

Tierra natal (Poesías.)—Garnier Hermanos, Editores.—París, 1909.

Novela:

Un amor de provincia.—Novela corta publicada en *El Cuento Semanal*.—Madrid, 1908.

El Castigo.—Novela corta publicada en *El Cuento Semanal*.—Madrid, 1909.

Andrés González-Blanco

El Veraneo
de Luz Fanjul

NOVELA



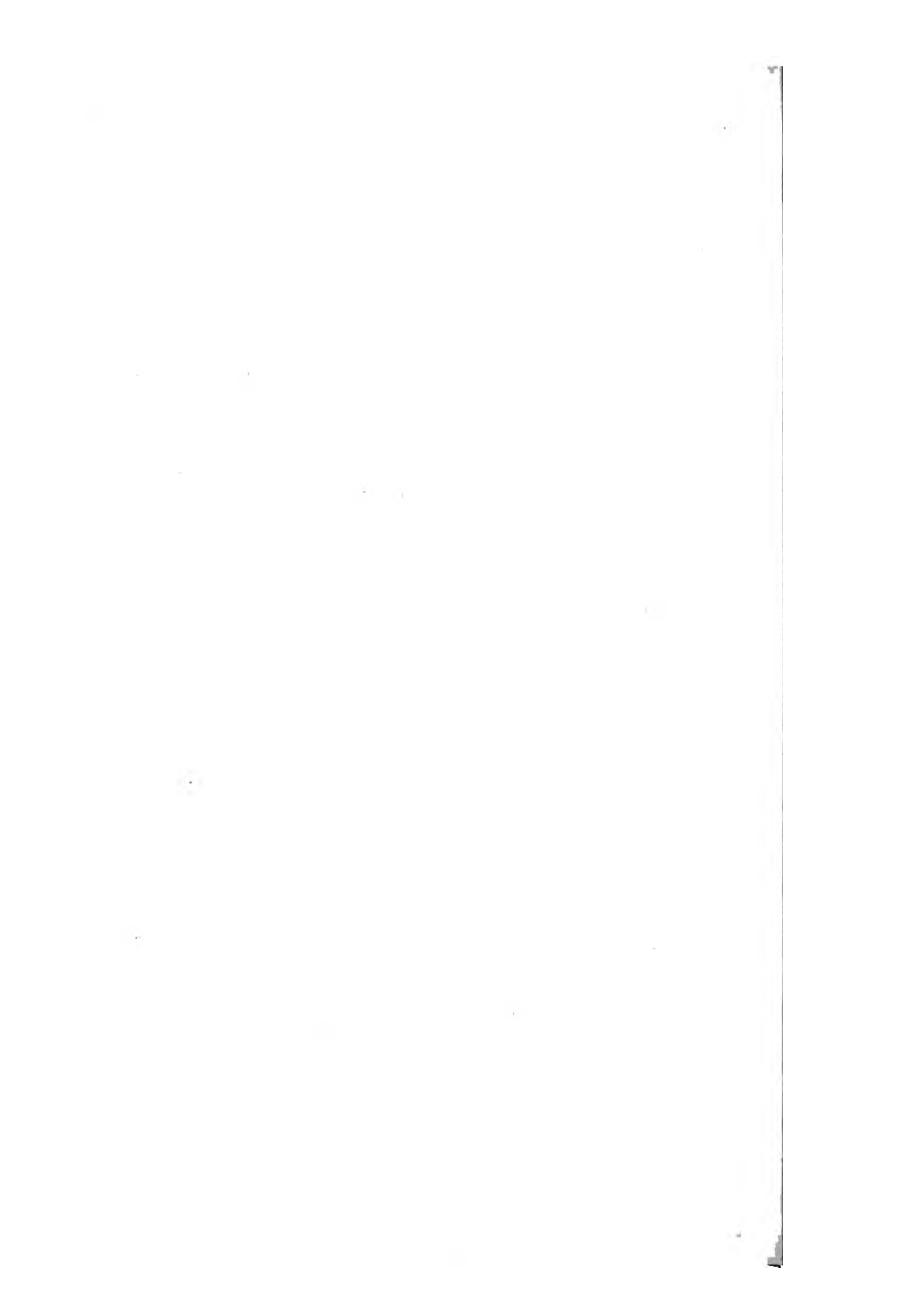
BIBLIOTECA "ARGENSOLA,"
CECILIO GASCA, LIBRERO. COSO, NÚM. 33
ZARAGOZA

ES PROPIEDAD



Imp. de Abadía y Capapé. Independencia, 29. Zaragoza

A dos asturianitas mimosas y guapas, que tienen unos nombres musicales de heroínas de novela, que viven en una calle oscura de una ciudad lluviosa...





EL VERANEIO DE LUZ FANJUL

I

En el apeadero de Bendición, donde no solía descender más que algún tosco y desaliñado cura de aldea, con su balandrán grasiento y su breviario forrado, debajo del brazo, se desbordó aquella mañana límpida de Julio una arpegiada greguería de risas locas y un tumulto perfumado de faldas claras de mujer....

Algunos viajeros, que iban en los coches de primera, dándose por versados en materia de genealogías aristocráticas y blasones provinciales, comenzaron á instruir á los más indoctos y plebeyos, nombrando á

las muchachas, según descendían del wagón.

—Esa que baja ahora recogiendo la falda y enseñando un buen empuje de pantorrilla es Lolita Suárez, la hija del Presidente de la Diputación... dijo uno.

—¿Y esa morenilla tan vivaracha?—preguntó el otro compañero.

—Esa es Carmina Acevedo, la del Rector de la Universidad...

—Mira, ahora baja una rubia espléndida... Esa no se atreve á recogerse porque enseñaría demasiado... ¿Cómo se llama?...

—Luisa Pulido... Es la novia del capitán Aguado... Aquel muchacho tan truhán con quien tuviste una cuestión en el «Hotel Iberia» el día de los toros...

—¡Ah, ya me acuerdo!... Buena mujer... mejor dicho, guapa hembra...

—El capitán es hombre sólido, bien instalado en la vida, con enhiestos bigotes rubios...

—Sí, es cierto.. Oye ¿y esas dos nenas rubias que ahora salen juntas? ¡Qué lindas son!... Sobre todo la mayor, ¡qué fina, qué esbelta!...

—Esas son las hermanas Fanjul... ¿No las conoces?... Hijas de D. Severiano Fanjul,

Secretario de la Junta de Instrucción pública... Son íntimas de Carmina Acevedo; y tú á Carmina bien la conoces porque es la novia de un íntimo amigo tuyo... ese empleadete del Gobierno civil!

—¡Ah, ya caigo! Conocí á estas niñas una tarde por casualidad, estando en el Cristo del Amparo... Fuimos de paseo Luis Morán y yo; y al salir, nos encontramos con Carmina Acevedo, que venía acompañada de su novio y de estas dos hermanitas tan monas... Yo le hice un chiste irreverente al empleado del Gobierno, por ser notorio su anticlericalismo y verle salir de una capilla que es el centro del fanatismo de la ciudad... El me contestó que la galantería mata la rebeldía de espíritu y ante una mujer callan todas las opiniones...

—Bueno, pero acaba de una vez; ¿cómo conociste á las hermanas Fanjul?

—Toma, porque me las presentó enseguida mi amigo... La pequeña me interesó poco; pero la mayor ¡si vieras qué bonita estaba aquel día!... Con una blusita blanca de batista, bajo cuyas rosetas transparentes se entreveía la carne limpia y blanca; con una falda plisada que moldeaba los contor-

nos núbiles; y el rostro fresco, sonriendo de satisfacción, con la alegría que da el campo...

—Vamos, parece que te ha encandilado esa Luz tan rubia...

A todo esto, ya el mozo que esperaba á las señoritas había cargado sobre sus espaldas de Atlante rural una mole de bultos innumerables; y ya la pesada faldamenta de D.^a Saturnina Cienfuegos había revoloteado al pisar el estribo del wagón, mientras su amante esposo D. Severiano la agarraba el rollizo brazo. Estas eran las dos únicas personas formales que venían asesorando y garantizando á la alegre tropa.

La posesión campestre de D. Severiano iba á acoger por unos días á aquel grupito de lindas muchachas. ¡Florido nidal para tan gozosas golondrinas!... Según la costumbre reinante en Asturias, aquellas cinco amiguitas pasarían una temporada en casa de las Fanjul, y luego irían trasladándose á cada una de las mansiones respectivas, siempre juntas, repartiendo así el verano, que transcurre halagüeño y rápido entre romerías y viajes...

A principios de Agosto, aquel pequeño

ejército de indisciplinadas y locuelas muchachas acamparía en la frescura del hondo valle de Saravio, donde Carmen Acevedo poseía una señorial morada; pasadas las fiestas de la Virgen, se trasladarían al menudo y florido *chalet* que los padres de Luisa Pulido usufructuaban en los alrededores de Fabricia; y al finar Agosto, irían á recalar en la modesta casa de campo que Lola Suárez les brindaba en un arrabal de Ablanedo, para terminar el dorado mes de Septiembre en la capital de la provincia, en sus respectivas casas, viendo deslizarse apaciblemente las anuales ferias.

En aquellos primeros días de Julio, se habían refugiado á gozar de la perfumada paz que ofrecía *La Tenderina*, un lindo retiro agreste á dos kilómetros del apeadero de Bendición. No es que allí se sacaran tantos novios como en la quinta de Luisa Pulido, desde la cual bajaban todas las mañanas á la playa dorada de Fabricia, llena de forasteros locuaces; ni tampoco se comían tantas avellanas y manzanas coloradas como en la finca de Carmina Acevedo; pero en cambio, ¡el paisaje era una bendición de Dios!... Sin duda era poeta y poeta amante

de la Madre Natura el que había rotulado el apeadero. Lustrosos maizales, frondosos castañedos, arroyuelos claros, sebes amarillentas, veredas húmedas abiertas entre los prados verdes... Daba gozo caminar por aquellos andurriales. La señora Baronesa de Soto Grande, que solía pasar cuatro días en casa de su antiguo preceptor D. Severiano, salía encantada de aquellos parajes y solía compararlos con los más hermosos paisajes de Suiza,—que ella conocía por estampas...

Aquella temporada, las hermanas Fanjul venían un poco melancólicas á su residencia veraniega, sin que se supiera el motivo. Especialmente Luz, la mayor, no podía disimular su enojo ni ocultar el enfado que le producía no haberse quedado á pasar el estío en Ablanedo. Las amigas le bromeaban con frecuencia...

—Tú tienes por ahí algún entretenimiento, rapaza...

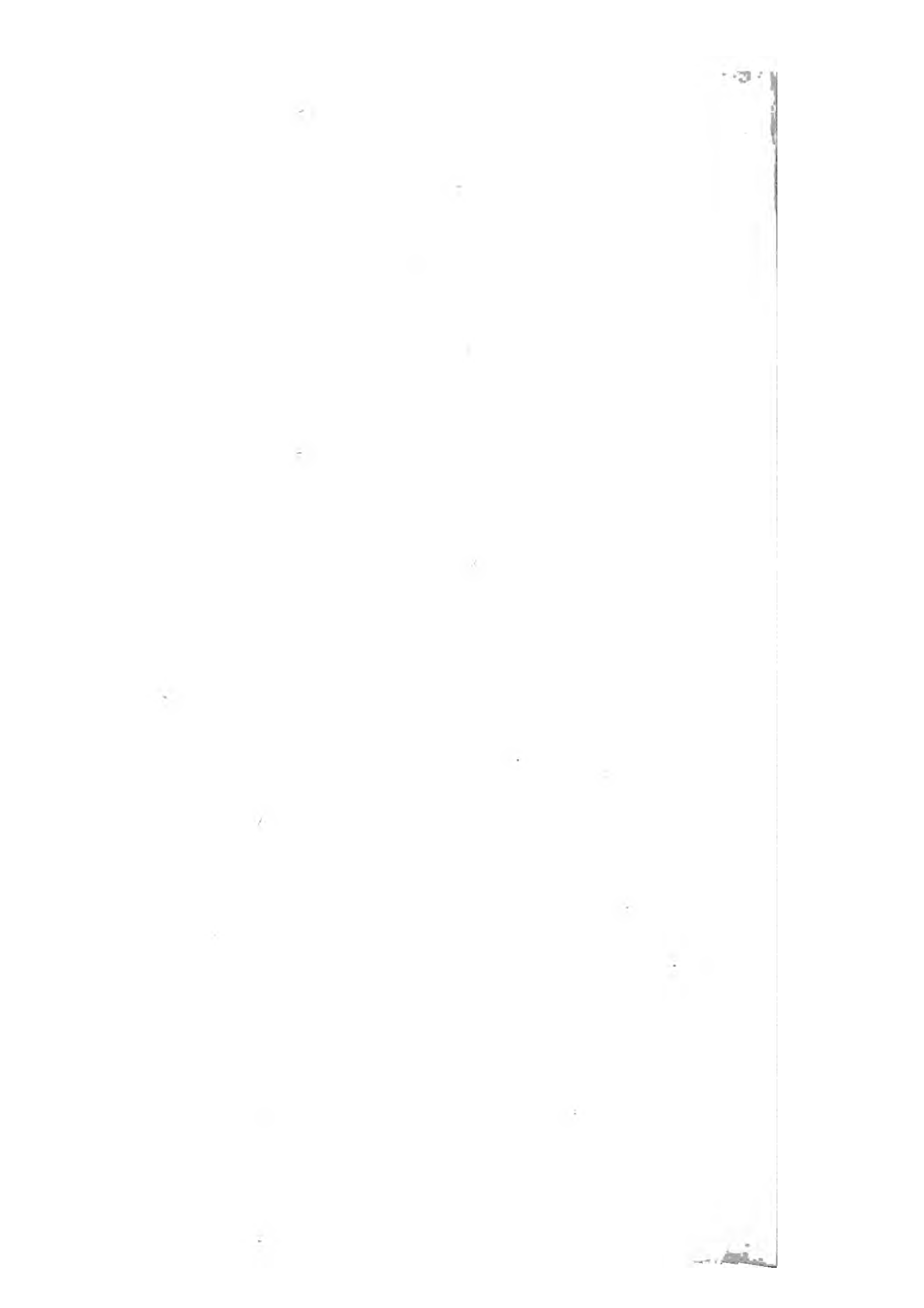
—Algún morenín saladín, solía decir Carmina Acevedo, porque éste era su tipo.

—O algún rubio curiosín, mujer, añadía Lolita Suárez.

Luz callaba sin confesar ni sí ni nó, sino

más bien un discreto qué sé yo... De los dos viajeros que se asomaron á la ventanilla para ver descender á aquellas colegialas en vacación, uno había mirado más de la cuenta á Luz Fanjul; y Luz había recogido la mirada con agrado... A pesar de que ante su compañero fingía reconocer á la muchacha, bien sabía él quién era y los lazos que á ella le unían;—dulces lazos tendidos en el Paseo á la hora del crepúsculo por medio de miradas insinuantes...

Y aún pudieran haber advertido las otras amigas,—si no hubiesen echado á correr por los prados verdes, agitando las faldas y riendo desatadamente,—que los ojos melados y suaves de Luz Fanjul quedaban fijos en el horizonte, en la dirección de la vía férrea, que se perdía á lo lejos en una imprecisión de ensueño, mientras el tren silbaba con gemidos pueriles y un gracioso semblante masculino saludaba afectuosamente, cuando el ferrocarril torció la curva violenta que se encuentra á poca distancia del apeadero...





II

Luz y Pilar Fanjul eran dos muchachas de la más distinguida sociedad de Ablanedo. Aunque el puesto de su padre D. Severiano no era muy deslumbrador y brillante, ni tampoco el sueldo correspondiente permitía prodigalidades sin cuento, la familia Fanjul se ayudaba con una renta muy pingüe. Doña Saturnina Cienfuegos, oriunda de una linajuda familia de Sograndio, había aportado al matrimonio, á más de una respetable dote, multitud de bienes parafernales. Como hija unigénita de D. Salvador Cienfuegos y de D.^a Mariquita Suárez, recibió al uncirse al yugo matrimonial, una finca suculenta en Sograndio, con cuatro días de bueyes, uncidos al arado con no ménos afectuosa reverencia que D.^a Saturnina al tálamo. También heredó un sombrero castaño, hondo

y tentador como un laberinto, á vera de la capilla de Nuestra Señora de la Consolación, cuya apacible romería se celebra en el primer domingo de Septiembre. La capilla era también patrimonio de la casa; y el capellán era nombrado por orden de un Cienfuegos, varón *Episcopo anuente*. Allí todos los años, en una dorada y dulce tarde otoñal, se comían avellanas, se bailaba la «giraldilla» y se concertaban enamoramientos...

D. Severiano tampoco estaba en la calle cuando decidió enlazar su escuálida figura á la poderosa humanidad «saturniana». Aquel retiro campestre de *La Tenderina* era propiedad suya;—clara casa de campo, hórreo pintarrajeado de azul y verde con una inscripción que decía: *Se hizo el año 1774; Laus Deo*, y una vasta huerta copiosa en árboles frutales.

La casa que la familia Fanjul habitaba en Ablanedo era también del patrimonio paterno. Era un edificio vulgar, liso, sin salientes, sin relieve alguno. Se adivinaba su vejez bajo el revoque y la pintura reciente; como se adivinan los años de las mujeres ya caducas bajo los afeites y las composturas

químicas... Estaba situado aquel caserón arrugado y recompuesto como rostro de vieja presumida, en la esquina de la calle de la Luna y la Plaza de Santa Clara.

La plaza está situada en un declive suave formando un rectángulo. A uno de los lados campea el viejo convento de San Francisco, destartado y ruinoso con una gradería de piedra, rematada por cuatro columnas frías y serias, convertido en cuartel. A las ventanas de las antiguas celdas se asoman quintos con un gorro desteñado... El cuarto de banderas está instalado en el antiguo refectorio; y donde antaño pachorrentos frailes leían episodios de *La Leyenda Aérea*, hoy tenientes de bigotes enhiestos relatan aventuras donjuanescas, tumbados en mecedoras indolentes...

A la noche suena el toque de retreta que se propaga tembloroso en el silencio de la plaza vasta, por donde nadie cruza después de las ocho de la noche. El toque de retreta tiene una desolación amarga en estas ciudades levíticas y militaristas. Tal vez un soldado que se retrasó en una taberna de las cercanías corre para llegar á tiempo; y sus pasos apresurados se oyen en toda la plaza.

En casa de Luz Fanjul, el toque de retreta del cuartel era el aviso para la cena familiar. Se cerraba la puerta de la calle; un portón pesado con dos aldabones que simulaban gárgolas de catedral... Las llaves rechinaban; y un oxidado cerrojo crujía melancólicamente... D.^a Saturnina adormecía-se sobre un sillón de cuero, bisbiseando un padre nuestro «por los viandantes y navegantes...» D. Severiano encendía el quinqué del comedor y bendecía la mesa... Luz y Pilar contestaban al silabeo de la mamá, mientras sus almas de provincianas soñadoras volaban lejos, pensando en algún novio de fantasía...

D. Severiano y D.^a Saturnina, como gente de familia blasonada y chapada á la antigua, eran devotos hasta la beatería. Era costumbre en la casa oír misa diaria; confesar cada domingo, si no había fiesta entre semana; rezar el rosario al oscurecer y hacer un sinnúmero de devociones, variables y tornadizas según las distintas épocas del año... A la tertulia de la casa, solían acudir, terminado el rezo de las horas canónicas en la catedral, el chantre, D. Ramón Osorio, que era del pueblo de D. Severiano,

y un beneficiado, D. Toribio Mula. El chantre era un hombre sexagenario, alto, fornido, con robustez de cavador. Tenía unas «manoplas», como él decía, capaces de derribar un toro. Este Hércules tonsurado era dulzón y manso como un *Agnus Dei*. Hablaba con voz untuosa de confesor de monjas, (durante veinticinco años había sido Capellán de las Benedictinas) y por la emisión de voz, la conversación más vulgar sonaba á mística jaculatoria. Hombre de pocas luces, solo se le ocurría variaciones sobre el socorrido tema de la temperatura. Tenía una risa especial de conejo, y al abrir la boca, su semblante revestía una expresión pueril é inocente, que contrastaba con su cabeza totalmente blanca, de un blanco uniforme de vellón, que hacía más directa su semejanza con un cordero pascual.

D. Toribio Mula era un señor corcovado y recio, ancho de espaldas como un mozo de cuerda, con dos piernas tumefactas que parecían dos soportes de una *panera*. Al andar daba la sensación de un enorme edificio portátil que retemblase todo. Movía á un lado y á otro como un ebrio las ciclópeas pantorrillas; los espíritus malévolos y anticleri-

cales que abundan en toda población, por pacata que ella sea, llegaron á motejarle con el infamante nombre de *medios pelos*, suponiendo que el buen prebendado se hallaba siempre al borde de la ebriedad. Nada más lejos de las pías costumbres de D. Toribio, que solo probaba el vino á las comidas y una copa de *Cognac* tras el café,—cuando le convidaban; que su congrúa no le permitía tales lujos. Jamás varón tan morigerado se sentó en las sillas bajas del coro de la Catedral... El rostro inmóvil y pasmado de don Toribio daba una sensación de placidez tal como dan los rostros de los niños y de los idiotas... Si se hubiera dejado la crespa barba y no le estuviera prescrita la rasuración prudencial, hubiera sido la vera efigie del San Salvador de Ablanedo;—una tosca escultura de madera adosada á un ángulo del retablo mayor.

Con tan divertidos tertulianos la conversación no podía ser muy animada y jovial. Se hablaba del tiempo, inevitable escollo de las conversaciones aburridas. Luego se recordaban las noticias corrientes por la localidad, siempre que fueran lo bastante anodinas é inocuas para no soliviantar en lo más leve

las dos almas juveniles que bostezaban en aquélla tertulia decrepita.

La casa de los Fanjulera de esas casas típicas de provincia, que tienen cerrada la puerta de la calle; no como las otras casas que ya abundan en las calles nuevas de Ablanedo; casas modernas, francas, expansivas, que parecen indicar la mutualidad de relaciones y la continua intercomunicación de la vida europea; casas que convidan á entrar á todo transeunte, si no le detuviese un Cancerbero con librea... Casas que dicen algo de nuestra vida social, desligada de los vínculos familiares, desenvolviéndose más en la plaza pública que en el recinto secreto de las alcobas conyugales y de los comedores domésticos. Casas que hablan de matrimonios mal avenidos, de hijos que pierden el respeto á sus padres, de adulterio, de divorcio, de vicio, de sagrados lazos que se han roto, de existencias que se han truncado. Las casas antiguas, estas buenas casas de provincia, amorosas como una madre, hablan de hogar tranquilo, de familias piadosas, de vida morigerada. Con sus portones cerrados enseñan al transeunte frívolo que el hogar es sagrado, que la familia ha

sido primitivamente el gérmen de las sociedades superiores, que cada casa debe tener fronteras, como cada nación. Estas casas invitan al recogimiento, á la placidez, al tibio afecto de familia. En tales casas, con un ambiente tan sedante, no se comprende que puedan suscitarse malos pensamientos ni rebeldías desenfrenadas. Los hijos viven allí en santa paz bajo la tutela paterna; las hijas, aún las mayorcitas, se duermen en el regazo de su madre, como cuando tenían cinco años.

Pocas familias tan ejemplares en Ablanedo como la de los Fanjul, que conservaba siempre las piadosas tradiciones de la casa. No se podía soñar una distribución más cristiana del tiempo que la imperante en aquel hogar. Por la mañana... ya se sabía; labores de la casa; las domésticas fregoteando, una de las señoritas inspeccionando la labor, mientras otra barría ó limpiaba el polvo. Pilar era la encargada de la limpieza, sobre todo en el despacho del papá, donde había tantas cosas delicadas; escribanía de plata, mangos, cortaplumas, papeles importantes que habían de cuidarse como reliquias, con sumo esmero. D. Severia-

no tenía especial confianza en Pilarcita, por ser la más modosa, suave y aplicada de las dos hermanitas. Su tipo delataba la esencia de su alma; era rubia como su hermana, pero mientras el pelo de aquella tenía un tinte agresivo de cocota francesa ó de duquesa veneciana, el pelo de Pilar era de una tonalidad desvahida, apagada, casi muriente. Parecía que toda ella iba á deshacerse á pedazos. Los ojos eran semejantes á los de Luz; ojos melados y bovinos de asturiana, ojos que no dicen pasiones borrascosas ni lascivias malsanas, sino tépido cariño de esposa que brinda su cuerpo como un regalo.

Las hermanas Fanjul solían pasar las tardes detrás de los balcones del gabinete, que dan á la plaza de Santa Clara. Plegados los visillos, quedaba la habitación con una luz amortiguada, muy propia de este firmamento asturiano, lleno de celajes plomizos. Por la desierta plaza apenas cruzaba nadie. Algún teniente que salía á ver á la novia. Algún empleado que habitaba en el barrio de los Estancos y que marchaba al café. Dos beatas que iban á pasar la tarde silabeando rezos en la húmeda oscuridad de gruta del Monasterio de las Carmelitas...

En tiempos de novenas,—mes de ánimas, cuaresma, mes de Junio dedicado al Corazón de Jesús, mes de la novena del Carmen, florido mes del Rosario...—las dos hermanas Fanjul pasaban las tardes en las iglesias cercanas. Bien en la parroquia de San Andrés, vasta y soledosa; bien en el convento de las Capuchinas, perfumado y menudo; bien en la iglesia de San Francisco, llena de estatuas yacentes...

Un día del mes de Mayo, terminado el ejercicio de las flores de María en el convento de las Capuchinas, volvían á casa Pilar y Luz seguidas por la colosal humanidad de D.^a Saturnina. Eran cerca de las ocho y los faroles aún no se habían encendido. La gente respiraba ávida la fragancia del crepúsculo primaveral; sentadas á la puerta de las casas, las mujerucas charlotteaban animadamente y los chiquillos corrían por la calle, jugando al *pío campo* ó al escondite. Se oía en un corro de niñas una canción nostálgica y temblorosa,—una canción que debiera de estar prohibida gubernativamente para que no se perturbasen de antemano los pechos infantiles con la entrevisión de futuras desdichas de amor;—una

canción que habla de traiciones y de puñales y de ardorosas pasiones españolas...

Me casó mi madre
me casó mi madre
chiquitita y bonita...

¡ay, ay, ay!
chiquitita y bonita,
con un muchachito
con un muchachito
que yo no quería

¡ay, ay, ay!
que yo no quería...

A la media noche,
á la media noche,
el pícaro se iba

¡ay, ay, ay!
el pícaro se iba,
con capa terciada,
con capa terciada
y espada tendida

¡ay, ay, ay!
y espada tendida...

Al echar por la calle de la Luna, pudo advertir Luz que por la otra acera un muchacho joven llevaba la misma dirección, como si las siguiese. Para cerciorarse, volvió dos ó tres veces la cabeza. El joven, agradecido á la deferencia, hizo una cortesía y dió á entender bien palmariamente que la seguía y

que le gustaba. Los ojos, en la fragante complicidad del crepúsculo, con aquella media luz discreta, tenían una velatura de ensueño que hacían más intensas y sugestivas las miradas. Todos los ojos, de hombre ó de mujer, al crepúsculo, tienen cierto brillo extraño, como si el alma se transparentase más por ellos en tales horas...

Luz se fijó en el muchacho, volviendo dos ó tres veces más la cabeza. D.^a Saturnina no se preocupaba de nada, sofocada como iba y abanicándose estrepitosamente con su enorme «perico». Era ya un día que presagiaba los calores de la canícula.

El muchacho que seguía á Luz Fanjul era de mediana estatura, cuerpo esbelto y fino, cara menuda y pensativa, grandes ojos verdes, con la luz vesperal casi grises... Llevaba un elegante traje marrón ligero y de buen corte, un sombrero flexible verdoso y un junquillo en la mano. Vestía sin afectación, pero con soltura; ni chalecos de fantasía ni cadenas de reloj; sobriedad británica... Los pantalones doblados dejaban ver unos calcetines negros calados y unos zapatos de charol. Parecía un poco miope y al mirar esforzaba mucho los párpados... Sobre los

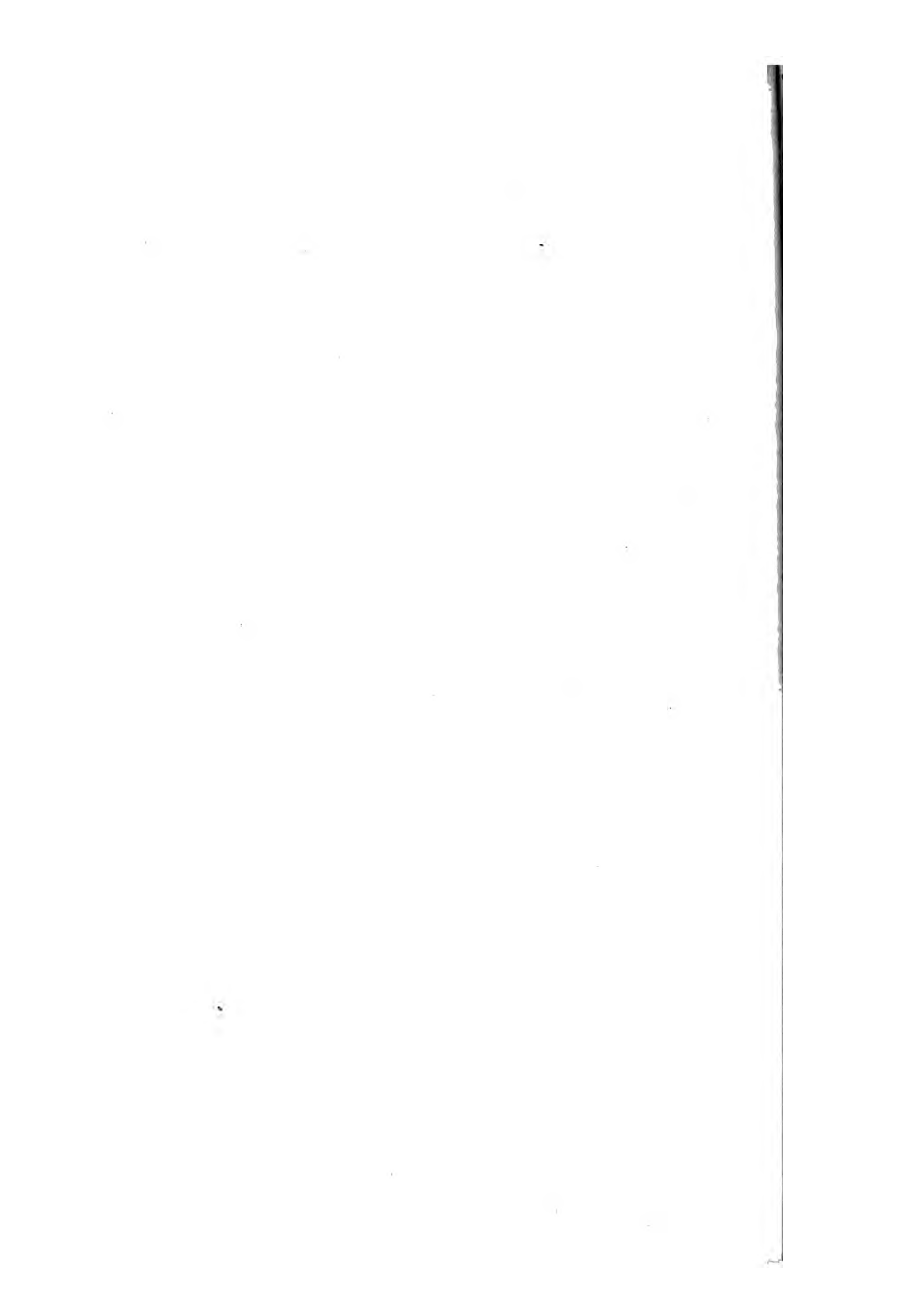
labios temblaba un bozo de un castaño claro como el pelo.

Conociendo á todos los muchachos, como los conocen las muchachas solteras en las capitales de provincia, no es fácil que el forastero pase inadvertido. Pronto notó Luz Fanjul que el muchacho lo era é hizo á Pilar reparar en él.

—¿No te parece muy interesante ese chico?—preguntó Luz á su hermana.

—Sí, neña; es muy curiosín...

Por detrás de los balcones del comedor, antes de que se encendiera la luz y se doblaran las puertas, los ojos de Luz espionaron algún tiempo al interesante desconocido...





III

Allá en los recovecos de lo que llaman los psicólogos modernos *conciencia internudal*, agitóse durante la noche ante Luz Fanjul la figura esbelta y simpática del desconocido. Su espíritu limpio de emociones amorosas estaba más propicio á impresionarse con suma facilidad. Educada en aquella rigidez de familia patriarcal, Luz había llegado á los dieciocho años sin haber tenido ocasión de oír las lisonjas amorosas que á esa edad ya otras muchachas están hartas de conocer... Jamás había concurrido á los bailes del Casino; D. Severiano juzgaba la asistencia á un baile, acción nefanda que debía vedarse á una niña soltera. En el paseo, los muchachos de la localidad, que ya tenían su casillero especial de chicas casaderas (entre las

cuales aún no entraba Luz por sus pocos años) no se permitían dirigirle más que leves miradas de atención, como esperando la germinación de aquel fruto poco maduro aún. Cuando ya fué mujer, la empezaron á mirar con respeto, pero sin insinuarse. Solo Julito Ponte se traía con ella un flirteo que la molestaba por lo insolente. Julito Ponte era hijo de una familia blasonada de Sograndio. En la rama materna había parientes lejanos de D.^a Saturnina. Julito era muy bajo de estatura, menudo de cuerpo y ridículo de semblante. Tenía toda la cara de memo, según unánime parecer de las niñas de Ablanedo. Era feo, con fealdad de antropopíteco; las cejas pobladas como bosques caían sobre los párpados carnosos debajo de los cuales chisporroteaban dos ojillos de ratón, cuya viveza quedaba amortiguada por unos monumentales lentes redondos. La frente deprimida, haciendo juego con la boca anchurosa y de labios finos, como una raja de melón, estaba dignamente rematada por cuatro pelos lacios. Un copioso vello le oscurecía el semblante; y á pesar de sus escasos veinte años, necesitaba afeitarse casi á diario. Necesitaba afeitarse, pero en reali-

dad de verdad se afeitaba una vez por semana, porque era ahorrativo y «agarrado» como un semita... Era el tal Julito un vivo *specimen* de la degeneración de las razas aristocráticas. Su padre había sido un varón gigantesco y mazizo, que se había casado con una una mujer enteca y adinerada para apuntalar la casa... Julito estudiaba el segundo año de Derecho y á tropezones, no se sabe cómo, iba saliendo á flote, porque era duro de mollera y rebelde al estudio. Tenía pretensiones de ser diputado en cuanto terminase la carrera, amparándose en el nombre blasonado de su familia.

Este impertinente molestaba á Luz con la asiduidad de sus persecuciones y con sus miradas empalagosas; y no acababa de convencerse de que Luz no estaba por amar á seres rudimentarios en la escala zoológica; y que quería un muchacho que, sin ser un Apolo de Belvedere, fuese un hombre en la plena acepción de la palabra; un hombre fuerte sin alardes hercúleos, valiente sin fanfarronadas de espadachín, listo sin actitudes de genio, bien constituido sin posturas de efebo... Este es el tipo ordinario de la mujer normal, de toda mujer que no sea una

degenerada ó una ilusa. Las ilusas sueñan con Adonis fantásticos; las degeneradas, con degenerados como ellas...

Salvo este mentecato, ningún muchacho de Ablanedo se había dirigido á Luz. Los que visitaban la casa eran maestros ancianos, cazadores de hijos, ó maestrillos recién llegados de la Normal famélicos poco tentadores; los que querían ser un poco petímetros, resultaban ridículos con sus chaquetillas ajustadas y sus gorras raídas. Los amigos de la familia eran todos muchachos serios, graves, de buena posición, que estaban alistados en dos ó tres Congregaciones y miraban el matrimonio con la serenidad con que se mira un acta de diputado. Ninguno de ellos hubiera sido capaz de amar á Luz por los trámites corrientes de flirteo, cartita de declaración y plantones en la esquina. Estos venerables galanes, si se hubieran prendado de la mayor de las de Fanjul, hubieran venido primeramente á hablar con D. Severiano y exponerle sus pretensiones como se expone un plan de defensa nacional... Nada de arrebatos juveniles ni de fogosidades pasionales; eso es cosa anticuada y que sienta mal hoy día; sino considerar

el matrimonio como un problema aritmético, en el cual los datos son la rica dote, ó el linaje de la prometida y el producto, la formación de una familia... Pero como Luz no estaba aún en edad de ser conducida al tálamo, estos apasionados seres la dejaban vivir en paz.

Luz estaba pues, en una perfecta virginidad espiritual. El joven forastero podía honrarse con las primicias de este corazón femenino. Al día siguiente, Luz salió al paseo con Carmina Acevedo, que era una de las muchachas más listas y vivaces de Ablanedo. Era una morena ideal; de mediana estatura, carnes apretadas, bien formadita sin crasitud de ningún género, una boca fresca y unos ojos muy tunantes. Era de estas mujeres que cautivan por la expresión y por la línea más que por el color y por la forma... Hablaba á voces y hacía muchos ademanes; era un torrente de palabras y de gestos... Le gustaba mucho recoger la falda y lucir el comienzo de la pierna, que tenía muy torneada y sugestiva. Era un encanto de niña, sin ser una Venus...

En cuanto estuvieron en el paseo, donde comenzaban á encenderse los arcos voltái-

cos, el forastero apareció con otro amigo. Carmen no dejó de notar la mirada intensa que aquel muchacho clavaba en Luz, bien consciente del dulce tiroteo y muy dispuesta á corresponder con creces...

Se había apagado la gritería de los chiquillos en el paseo, las niñeras se habían retirado, y con ellas toda la chusma de reclutas y golfillos. El paseo comenzaba á revestir ese tono señorial que solo tenía á esta hora. Las sillas de hierro, pintarrajeadas de amarillo, invitaban al descanso con su doble fila. Detrás de ellas estaban los evónimus lustrosos; en algunos rincones, se abrían suaves enseñadas asimétricas donde cabían dos sillas. Allí se sentaban los enamorados en último grado, los incurables de la dulce dolencia... Otras sillas estaban apoyadas en los añosos robles y en los álamos corpulentos del paseo, brindando con la doble almohada del respaldo ferrugiento de la silla y del tronco rugoso del árbol... Había sillas escandalosas, para los amigos de exhibición, que caían bajo la fuerte y clara luz de los focos; había otras discretas, en penumbra, donde se sentaban las familias mo-

destas y los señores graves, á discutir política local.

Apenas hubieron dado dos vueltas las dos amigas, el paseo se fué poblando de gente. Carmen reparó en las miradas del forastero; y cuando este estuvo á distancia de ellas, la alegre morenilla se detuvo en seco, dió un fuerte pellizco en el brazo á Luz y dijo con viveza, aunque en voz baja:

—Esas cosas se avisan antes á las buenas amigas como yo...

A Luz se le encendieron las mejillas al rojo vivo y no supo qué contestar. Solo preguntó muy atarugada:

—¿Por qué me dices eso?

—¿Crees que yo estoy en Babia, niñina? replicó Carmen.

En esto el forastero cruzó frente á ellas y miró aún con más fijeza á Luz. Carmen se acercó más á ella y le dijo en tono confidencial, mirándole á los ojos:

—Oye, monina, ese chico te hace el amor ¿verdad?...

—Muy aprisa llevas tú las cosas, contestó Luz menos sofocada y algo risueña... Me mira nada más...

A seguida replicó Carmen:

—Parece que le gustaste... Y él también té gusta á tí mucho ¿no?...

Luz tornó á ruborizarse y por toda contestación, soltó una risotada loca de niña coqueta...



IV

A los cuatro días, estando una noche rezando la Corona de la Virgen, la campanilla de la puerta sonó destempladamente. Fingió un repiqueteo gangoso como *fioritura* de monja en un *Gloria in excelsis*. Eran las nueve de la noche; hora por demás alarmante é impropia de visitas para aquella familia austera. Todos se sobresaltaron ante la inminencia de algo grave. Cuando una familia se recoge consuetudinariamente á las ocho, sin que nada vuelva á turbar su paz, cualquier llamada inusitada puede infundir el terror de un peligro. Bien puede ser un telegrama anunciando alguna desgracia de familia; bien un visitante importuno que traiga alguna comisión enojosa.

Un visitante era el que en el portal espe-

raba; y cuando la doméstica abrió desde arriba, tirando de una cuerda, según la costumbre de las casas de provincia, el reflejo mortecino del quinqué iluminó el rostro fresco y sonriente de un joven. Luz se quedó de una pieza al contemplar á su ideal desconocido, á su interesante forastero. Gracias á que el tupido visillo que cubría la ventanuca del descansillo de la escalera (por donde solían asomarse las niñas de la casa, llenas de curiosidad ante toda visita inesperada) no pudo transparentar su emoción. Llamó á Pilar muy callandico y le dijo al oído: «—Mira, ese muchacho tan curiosín que me mira tanto...—¿Tú qué dices, niña?...—El mismo que viste y calza...» Todo fué forjar cábalas y hacer cálculos respecto á las intenciones que traerían al joven forastero por aquella casa á hora tan intempestiva de la noche. Mientras la sirvienta abría á la puerta, y daba orden de: «Pase, señorito»,... y D. Severiano, con su gorro casero, con la inevitable borlita de fleco, y su zamarra de trabajo, salía al despacho para hacer los honores al visitante, las dos hermanas quedaban en el pasillo cuchicheando.

En su candidez de niñas provincianas,

achacaban al visitante intenciones inverosímiles, como la de pedir la mano de Luz á D. Severiano, ó por lo menos, hablar al venerable papá de los amoríos de ambos, sospechando que no fuese hombre de dejar las cosas en su estado si algún día sospechase que á espaldas suyas se permitían esas bromas «dos mocosos», como él hubiera dicho. Luz, á quien sin duda en su fuero interno complacía esta petición de mano (y más le hubiera agradado la concesión) sentía, no obstante, una interior angustia solo de pensar en lo que diría su papá. Adivinaba el tono entre cariñoso é iracundo con que la reprendería; «—¡Ah! ¿con que te lo tenías tan callado, mocosuela?... ¿Con que andas en devaneos amatorios?... ¿Esa es la educación que aquí te hemos dado?». ..

Parece ocioso decir que todas estas conjeturas cayeron á tierra cuando se supo la verdad del hecho. La visita fué rápida, como de médico. A los pocos minutos D. Severiano volvió al comedor, donde D.^a Saturnina cabeceaba de sueño como era su calamitosa costumbre así que daban las nueve de la noche, y las dos muchachas hacían crochet bajo la lámpara;—y contó que el

joven visitante le había traído un recado de su gran amigo el Delegado de Hacienda don Román Martínez. «El está, según me ha dicho, en las oficinas de Hacienda; ha venido poco hace de Madrid con ese destino; parece buen muchacho, listo, simpático y formal»...

Ante este espontáneo elogio del elegido de su corazón, Luz se ruborizó, sin poderlo remediar, y la linda faz se le encendió con púdica gracia. Fortuna fué que su papá hablaba maquinalmente, sin fijarse en sus interlocutores, embebido como estaba en la lectura de *El Magisterio Español*.

Después de aquel día, en una temporada, Luz no pudo ir al paseo. Las flores de Mayo terminaban tarde en las Carmelitas; y acabado el florido mes, comenzó en las Capuchinas la novena al Sagrado Corazón de Jesús, que era la devoción predilecta de doña Saturnina. En días tales, la bienaventurada señora se eternizaba en la iglesia, sin considerar que llevaba consigo dos muchachas solteras, ávidas de pasear y de ver gente. A Pilar le importaba poco estar en la iglesia ó en el paseo, porque su genio apagado y encogido se avenía á todo lo que hicièsen

con ella. Era una autómata que no tenía voluntad para nada y que solo ponía empeño en no desagradar á sus papás, más bien por rutina que por convicción... Pero Luz se rebelaba por dentro; y la rebelión se traducía indirectamente al exterior por carraspeos enojosos, tosecitas impertinentes, cambios de postura y otros recursos pueriles. Doña Saturnina, en éxtasis de devota boba, no se percataba de esto; y si se daba cuenta, era para reprenderla suavemente: «¡Niña! Estate quieta... Parece que tienes azogue en el cuerpo...»

Luz rabiaba atrozmente con aquellas prolongadas *soirées* eclesiásticas. «Bien está que se vaya á la iglesia todos los días un rato, á más de la misa, que pesa poco, porque es un pretexto para respirar el aire matinal», se decía Luz para sus adentros... «Pero estas novenas interminables, estas buenas tardes de Junio, tan largas, pasadas aquí, me dan congoja...»

Tenía razón la pobre niña... El altar mayor decorado de jarrones y floreros suntuosos... la profusión de luces... el dosel purpúreo con franjas de oro... los candelabros monumentales... la imagen de Jesús, tan puli-

do, tan suave, con su barba rizada, y con el corazón inflamado de amor por los hombres... ¡todo muy bonito! ¡Quién lo duda!... Y luego la voz untuosa del padre jesuíta, cuyos lentes dorados refulgían en lo alto del púlpito, mientras pronunciaba su sermón en lenguaje escogido y ameno... y el órgano gimiendo allá arriba con balbuceos de niño ó refileadas notas de actriz... mientras la capilla de la Catedral cantaba un motete que tenía acentos á la vez bélicos y suaves:

Corazón Santo,
fuente de amor,
refugio y manto
del pecador...

Todo esto era muy lindo y hasta muy entretenido á ratos, sobre todo si llovía... ¡Qué agradable estar allí en la aristocrática penumbra de la iglesia, escuchando voces suaves de predicadores ó de cantantes, en buena postura, en una atmósfera tibia, y sahumada de incienso, mientras se oía el chubasco azotar los ventanales y las almadreñas repiquetear sobre las aceras!... Pero en las tardes apacibles, en esas tardes largas y

tépidas de Junio, en que la tierra parece dedicarse á la contemplación de sí misma y abriendo su perfumada boca se da un beso á sí propia, saboreándose con fruición: en esos días en que el cielo está cristalino y leve y desde la tonalidad azul fuerte de la tarde pasa al desvahido gris perla del anocheecer; en esos días en que los chiquillos corren por las calles en alegre algarabía sin temor al relente sutil de los atardeceres de invierno; en esos días en que los focos eléctricos tardan tanto en encenderse, y los muchachos van al paseo con trajes claros y ligeros, que les hacen más esbeltos y más jóvenes, y las muchachas llevan violetas, claveles ó rosas prendidas al pecho;—en esos días, ¡qué penoso era para una muchacha joven y soltera, escuchar las untuosidades de un jesuíta y los gorgoritos de un contralto!...

A mediados de Junio terminaron las novenas del Corazón de Jesús. La víspera de San Juan, una tarde olorosa y clara, que anunciaba una buena noche de verbena, las hermanas Fanjul fueron al paseo. Llegaron muy temprano y había poca gente paseando. Las primeras personas conocidas que

encontraron fueron Lolita Suárez con Luisa Pulido. Lola Suárez estaba muy risueña y muy nerviosa y demostraba una alegría exagerada. Las hermanas Fanjul se unieron á ellas; Luisa se puso al lado de Pilar y Lola se agarró del brazo de Luz. Antes de llegar al medio del paseo, Lola apretó con fuerza el brazo de Luz y le dijo con un susurro confidencial:—¡Verás cómo me mira ese chico tan guapo y tan elegantel... ¡Fíjate bien!...

Luz estuvo á punto de no poder reprimir un gesto de asombro cuando reparó en que el personaje aludido era... su interesante forastero. Se mordió los labios y se puso muy colorada y aún tuvo valor para decir:

—Es muy simpático... tú siempre has hecho buenas conquistas, Lola... Pero ese muchacho me miraba á mí los primeros días... Debe ser un tarambana...

Lola calló; y en su pecho se cobijó desde aquel instante la víbora emponzoñada de la duda. ¡Claro! Luz la tenía envidia... Al fin y al cabo, era una rubia sosaina, que nunca habia lucido un novio y le daba rabia que las amigas tuvieran suerte...

Para el forastero tampoco pasó inadver-

tida la presencia de Luz; y en gracia á la verdad, habrá de decirse que su semblante se coloreó ligeramente... Esto habla mucho en favor de sus sentimientos; y demuestra que no era un hombre de intenciones aviesas, causante de estragos y maleficios en las castas doncellas de provincia, un ser ateniado y vil, un «terrible Pérez» para las capitales de segundo orden, sino simplemente un buen muchacho y un enamorado rendido.

Le había encantado Luz, recién llegado de Madrid; y así se lo había dado á entender por todos los medios honestos y conducentes al fin. Mas había desesperado de que fueran realizables sus deseos al observar que Luz y su hermana apenas salían de casa y solo de mes en mes venían al paseo. Rondar la calle le enojaba, porque, como forastero en la ciudad, hubiera llamado la atención y excitado el comadreo del barrio; y menos hubiera paseado la calle de la Luna y Plaza de Santa Clara, pues le hubiera causado gran bochorno que el digno D. Severiano hubiese reparado en su asedio y se hubiera percatado de que el bloqueo tenía por blanco á su hija Luz.

Desesperando el joven funcionario de Ha-

cienda de trabar relaciones amorosas con la suave rubita, decidió encaminar sus anhelos en otra dirección. Sabía él de sobra, sin ser fatuo, que le era fácil conquistar muchachas en una capital de provincia como aquella, donde escaseaban los jóvenes casaderos, que estudiaban en Madrid ó emigraban á América, y siendo él como era bien parecido, elegante en el vestir, atractivo por su conversación y con un destino decoroso.

Como no tenía muy definido su tipo ideal de belleza, no tuvo inconveniente en pasar de una rubia suave á una morena ardiente, como era Lola Suárez. Esta le acogió muy amablemente desde un principio; y era una mujer que cautivaba con más facilidad que Luz Fanjul, porque tenía un arsenal de guerra más nutrido. ¡Morena al fin!... Las rubias son apagadas y modosicas como su pelo; á veces hasta blandas como su carne... Las morenas son belicosas y sus ojos negros prometen Paraísos que á la vez serán infiernos. Los ojos azules y piadosos de las rubias ofrecen delicias inefables en un cielo lechoso y azul... Los ojos de las morenas ofrecen abismos de sombra y de luz donde

el placer y la tortura danzan emparejados...

Lola Suárez prendió pronto en sus redes al interesante forastero. Ocho días bastaron al infeliz para capitular como un doctrino y aherrrojarse como un esclavo á los pies de su tiránica dueña. Tendidos los primeros cables de miradas inflamantes, sonrisas sugestivas y coqueteos al balcón, la rendición vino por sí sola. Una cartita entregada á la sirvienta y contestada muy cariñosamente selló definitivamente la locura amorosa del muchacho. Y á los pocos días, Lola Suárez obraba con él á su capricho; le daba plantones insoportables para todo el que no fuera un Job de paciencia, le hacía desaires insufribles en pleno paseo ante todas las amigas, se reía de él ante su imberbe faz... El muchacho todo lo aguantaba con una resignación digna de mejor causa... Pero las tiranías dictatoriales siempre duran poco y acaban por redundar en perjuicio del que las ejerce...

En esas andaban cuando la presencia de Luz vino á quebrantar un poco sus propósitos. Aquel día había decidido acercarse á Lola Suárez en el paseo y acompañarla toda la noche, para enlabiarla dulcemente y

suplicarle que se portara con él un poco mejor. La suave rubia atajó sus acometividades y hasta le infundió un poco de remordimiento.

Durante aquella fragante noche de Junio, el paseo de la ciudad fué testigo de un duelo á muerte entre dos chiquillas de dieciocho años. Sin decírselo, las dos amigas se pusieron de acuerdo, decididas á vencer ó morir. Se entabló el combate entre los ojos melados y norteños de Luz y los ojos africanos y ardientes de Lola... El interesante joven se veía aniquilado entre aquellos dos fuegos: las llamaradas infernales de unos ojos le atraían y la suave hoguera del otro le encantaba... Fuerte es decir que por aquella vez el Norte venció al Mediodía; y la apacible mirada de la rubia derrotó á la mirada ardiente de la morena...

Al marcharse del paseo, cerca ya de las nueve y media,—porque aquella noche, en obsequio á ser víspera de San Juan. Doña Saturnina había retrasado la hora de la cena,—Lola Suárez se despidió de Pilar y de Luz junto á la Plaza de la Encarnación, frente al Teatro Nuevo. Luisa Pulido ya se había separado de ellas en el paseo, pues la

muchacha había venido á buscarla, hostigada por el señorito Ramón, el hermano de Luisa, que quería cenar pronto, porque traía entre manos la conquista de una chalequera, que debía hincar el pico aquella noche de jarana popular, propicia á la caída mediante el celestinaje, de los bailes callejeros.

Mientras Lola Suárez besaba en la mejilla á Luz, le dijo un poco trémula y en voz baja para que Pilar no se enterase:

—¡Vaya, niña, ya puedes ir satisfecha á casa!... Y otra vez procuraré no coincidir contigo en mis gustos...

El adversario era noble y confesaba su derrota. Luz se sonrió y dentro de su alma aún infantil sintió la primera satisfacción vanidosa de la mujer.

Era noche de plenilunio, de claridad celeste y embriagadora. Flotaba en el ambiente un aroma indefinible que convidaba á amar... Olía á rosas, á claveles y á núbiles en flor... En la calle de San Juan, donde se celebraba la verbena del patrono, estallaban cohetes. Un relampagueo luminoso rasgaba los aires y mil brillantes colorines—verdes, rojos, azules, amarillos,—se deshacían con

un estrépito bufo de jugarreta de clown... Las estrellas fulgían en lo alto y hacían muecas graciosas, como sonriéndose de todas estas diversiones pueriles inventadas por los hombres... ¡Clara noche estrellada de San Juan, favorable á los enamoramientos!...

Por las calles circulaban grupos de menestrales y modistas, dando gritos, con ese inconsciente y contagioso júbilo de las fiestas tradicionales. De trecho en trecho, una pareja de enamorados ponía una nota de seriedad y de ternura... Todos iban muy juntos, mirándose á los ojos, indiferentes á la multitud que cruzaba ante ellos, distraídos, atontados, casi ingrátidos, como si no supiesen donde pisaban ni por donde iban. El amor es un gran pretexto para sentirse alas y volar; cayendo á veces en tierra, como Ycarol...

La música del regimiento lanzaba los acordes de un *potpourri* regional que inflamaba los pechos y hacía más audaces los pipos de los muchachos y más valientes las miradas de las nenas. Todos se sentían menos encogidos que en los días ordinarios, más animosos para la vida, como si notasen

dentro de sí una fuerza nueva, comunicada por la noche tibia, la luna clara, el aire oloroso, los cohetes iluminados, la música penetrante y las blusas transparentes de las muchachas...

Cruzada la Plaza de las Capuchinas, al embocar la calle de la Luna, las dos hermanas, que iban silenciosas y pensativas, con la muchacha detrás, tropezaron con Carmina Acevedo.

—Niñas, ¿qué horas son estas de retirarse? gritó la siempre alocada y alegre Carmina.

—Ya véis; mamá nos permitió hoy este desahogo...

—¡Claro!... ¡Cualquiera os encuentra!..... Yo que voy á llamaros á casa para que vinieseis á la mía, que es vuestra con permiso de papá...

Y se inclinaba con una reverencia burlesca, siempre pródiga en gestos y en ademanes...

—... Y entretanto, prosiguió, las grandes pendonas corriendo por esas calles de Dios... Y ahora, añadió rehaciéndose, en castigo... os voy á acompañar hasta casa.

Descendieron casi corriendo por la cues-

tuda calle de la Luna. Carmen se agarró del brazo de Luz y le preguntó en un cálido *exabrupto*:

—¿Qué? ¿Has visto algo de bueno por el paseo?...

—Sí, rica mía... Muchas novedades...

Y Luz relató á Carmen el incidente de Lola y del forastero.

Carmen se reía hasta desquijarrarse...

—¡Me alegro, niña! Esa Lola Suárez me va resultando ya un poco estupidilla... Pero tú te llevas á ese buen mozo... No te apures ni te enfades con él... Al contrario, mucha miel, muchas miraditas dulces por ahora... Cuando sea tuyo, ya pondrás acibar... ¡Habrás visto la sardina arenque de Lolital... ¡Claro!... Viene un chico guapo y elegante de Madrid y enseguida todas esas locas de atar quieren rifárselo...



V

Amanecía sobre los campos verdes. Una fanja azulina se extendía en el Oriente. Toda la campiña era monocroma; verde con tonalidades distintas. Verde lustroso de los maizales, verde oscuro de los castañedos, verde claro de las *sebes*, verde brillante y húmedo de los prados... La suavidad de la tierra asturiana se mete en las almas é infiltra pensamientos tranquilos... Mimosidad de los prados, claridad de los arroyuelos, frescura de los molinos aldeanos... Las vacas de ojos plácidos, donde se retrata la uniforme monocromía de los prados, mugen de amor matinal. De la sierra, que está un poco lejos, vienen emanaciones de tomillos y de romero. Los perros ladran en las casas de

campo, cantando la alegría del día que nace y alentando al trabajo que empieza... Gatos caseros hopean por los alrededores. Los gallos cacarean como tenorios satisfechos.

El sol comienza á dardear los hórreos. Corre una fresca brisa madruguera y retozona... En las corraladas, las gallinas picotean el *cucho*, fresco abono removido que satura de un acre olor casi confortante. Se abre la portillera de la corralada, que cruje suavemente, y penetra por ella un campesino coloradote, de semblante risueño y malicioso, en mangas de camisa y con una gaita bajo el brazo. Este hombre rollizo, cuyos ojos chispean maliciosos y vivos, iluminando el semblante hinchado de crasitud, con dos patillas de color castaño encuadrándolo, se llama *el Rubiales* y es el alma de las fiestas aldeanas de aquellos contornos. En las romerías estivales, marcha á horcajadas sobre un burro pequeñín; las piernas le cuelgan lamentablemente hasta tocar casi en el suelo; el pobre asnillo apenas puede con su peso tremendo; va descubierto, alzando mucho el brazo y dando vivas jubilosos á todo lo que se pone por delante:—*á Carmina la de Antón de Pepa, que ye tan*

guapa;—al señor cura, que pasa tan galán con su breviario;—al señor pedanio, que Dios nos lo conserve abondos años..... etcétera, etcétera; vivas así, sin ton ni son, por exteriorizar la jovialidad dionisiaca que lleva dentro y por hacer reír y gozar á sus paisanos. Es una especie de *clown* rústico, con mezcla de sátiro campesino; pero un *clown* más consciente y más alegre que los de circo, porque no se embadurna la cara para ocultar bajo las carcajadas mercenarias la tortura interior que le roe.. Los hombres le ríen las gracias, sobre todo cuando son picantes; las mozas le adoran y se susurran en las cocinas de aldea oscuras anécdotas de amor, escabrosos encuentros habidos en la Fuente de la Pingadina, cuando la noche cae y las vacas vuelven tintineando á la dulzura del establo.

Es verdad todo eso y á nadie sorprende que *el Rubiales* tenga fortuna con las mozas. Es el rústico caballero sin tacha. Fuerte, gordo y optimista, reúne todas las gracias que las mujeres buscan en un hombre. Fisiológicamente robusto, es además listo y vivaz como pocos. Tras los ojillos pícaros arde una llama interior. Hay entendimiento

despejado detrás de aquella frente ancha y tersa. Sabe romances de guerras y de amóríos y compone lindos versos á las mozas más sandungueras. Al finar de las tardes de Agosto, en el cenador del jardín de los señores de Fontenelle, que cae sobre la carretera, formando como un cubo de muralla, solía haber concierto improvisado. Pepín, el hijo mayor de la casa, tocaba el violín como un ángel y se hacía acompañar con guitarra y bandurria, pulsadas respectivamente por sus dos hermanos chiquitines, rubios y sonrosados como angelitos de retablo, Luis y Agustín. Las dos sirvientas de la casa,—Pilar, la cocinera, una moza frescachona y rubia, con excesivo «mostrador», según decían por la aldea, y Zulima, la doncella, una morenilla finita, con grandes ojeras, á quien sentaban muy bien el vestido negro y el mandil blanco,—solían tararear cánticos mezclados y de todos los géneros: arias de zarzuela grande, como *Marina*, *La Tempestad*, etc., *couplets* ligeros de género chico, *San Juan de Luz*, *El Santo de la Isidra*, *Enseñanza Libre*, etc., y tonadas regionales. Después de dejar su trabajo, *el Rubiales* iba por allí y era muy bien recibido. Piropeaba á las

domésticas, que se volvían locas de contento, y acompañaba á los cánticos, «sacando» versos de su cosecha ó recordando cantares antiguos, cantares de otra generación, ya arrumbados y apolillados en el desván del olvido, cantares de 1860, que los «jovenzacos» de ahora no habían oído sino acaso á sus madres... Moría la tarde sobre la aldea en paz; el enorme silencio solo era turbado por el ladrido insistente de los canes, que ya comenzaban á inquietarse por la proximidad de la noche. Y de pronto, se alzaba la voz pastosa y vibrante del *Rubiales*, cantando tonadas sentimentales como esta:

¡Qué dulces son los hombres
para enamorar
y qué desaboríos
después de lograr!...

Las críadas reían, halagadas por la intención del cántico y no menos emocionadas por la bella voz de barítono del *Rubiales*...

Mas los días de gran gala para el afortunado gaitero eran los de romería. Entonces tenía él ocasión de lucimiento de todos sus méritos. Tocaba la gaita, piropeaba á las

mozas, cantaba aires regionales, abrazaba á las rapazas menos asustadizas, llamándolas *pimpollo*, *flor* y otras lindezas, disparaba los cohetes en la procesión y hacía otra multitud de cosas. Se multiplicaba en tales días y era «el gallo» el gallo en todas las acepciones de la palabra. Era el gallo porque, así que amanecía Dios, cuidaba de despertar á toda la aldea, como si le pareciese un atentado contra la Madre Naturaleza y contra su Creador hacer sufrir el jergón con el peso del cuerpo cuando ya el sol asomaba en Levante y los verderones piaban sobre los álamos de la carretera... Era también el gallo porque sobresalía como nadie, se hinchaba y se ponía hueco, y se pavoneaba de satisfacción por las callejucas. Y era el gallo del lugar, porque su madurez frescachona bien le valía el apodo. Gallo y todo, las *femas* le estimaban más que á muchos pollos recién salidos del cascarón. No tenía otro pero (y algo había de tener para no ser totalmente irreprochable) sino que en esas tardes de jarana solía tomar una *talanquera* alegre y jovial, nada molesta y para nadie mortificante, ni aún lesiva para su propia dignidad...

Era una exaltación de su personalidad normal y ordinaria; no se le notaba que estaba á medios pelos sino en que su actividad y su locuacidad se redoblaban y aún se triplicaban su ardor venusino y su furor de sátiro. En días tales, ocurrían los episodios de la Fuente de la Pingadina.

Aquel domingo límpido de julio, al día siguiente de haber llegado la familia Fanjul con sus amigas á *La Tenderina*, un plañido agudo de gaita despertó á todos los durmientes de la casa. El rústico instrumento lanzaba al aire las fermatas interminables de *La Soberana*, acompañadas por la voz colorida y densa del *Rubiales*, que con toda la fuerza de sus pulmones y destrozándose la laringe aún no enroquecida por la libación reiterada, gritaba á modo de pregón:

¡La Soberanaaaaa!...

¡La que va por la pedreraaaaa!...

Toda la casa se puso en conmoción. Lola Suárez comenzó á dar gritos desde la cama despertando á Luisa Pulido, que dormía á su lado. Tabíque por medio, Carmina Ace-

vedo cantaba con la alegría de un pájaro temprano:

Ahora si que estarás contentona,
mandilona....

Al poco tiempo, aquellas muchachas que en la capital consumían horas enteras delante del tocador, y aquí, contagiadas de la sencillez campestre, se arreglaban en cinco minutos, estaban todas en el comedor, bebiéndose un gran vaso de leche acabada de ordeñar. Un sol claro inundaba ya la pieza, que estaba en el piso bajo. Parecía flotar en el aire la alegría que exhalaban los días de fiesta en el campo...

Vestidas con trajes claros y ligeros, las muchachas corrían por los prados como colegialas en libertad. Habían dejado abierta la portilla de entrada de la casa y *León*, el enorme perrazo negro, brincaba detrás de ellas, contagiado también de una animal alegría orgánica. Cruzaron la senda abierta en el prado que deslinda la posesión de los Fanjul y los terrenos de los señores Fontenelle. Traspuesta la tapia del jardín, salieron á la carretera, que se perdía á lo lejos,

toda blanca y trémula, invitando al viaje sin rumbo fijo... Al pisar la carretera amplia y soleada, les entró una jovialidad irreflexiva. Todas gritaban á la vez: todas querían alzar su voz sobre las otras.

--¡Mira, cómo me puse los zapatos pringando de humedad! chilló Luisa, enseñando el pié menudo y el tobillo, rosado bajo la calada media.

—Pues mira yo, hija, por no quedar menos, gritaba Carmen mostrando la pierna delgaducha.

—Oír, niñas, ¿y adónde vamos por aquí? preguntó muy cuerdamente la siempre modosa Pilar.

—¿Adónde vamos á ir, so boba? ¡A la estación! contestó Luz. ¿No veis que á las siete llega el tren de Ablanedo?...

—Es verdad, ractificó Lola... No me acordaba... Y hoy vendrá gente á la romería... Por lo menos, en casa de Fontenelle me dijo ayer Zulima la doncella que hay convidados...

—¡Sí, sí!... ¡Y vendrán moziquinos!... ¡Qué gusto!... clamó la siempre loca Carmina.

—Por lo menos, americaninos del pote no nos faltarán, gritó Luz riendo.

—Y algo más que á tí te interesa, subrayó Lola, con cierto despecho...

—¡A la estación á la estación! ¡á la estación! gritaron todas en confusa algarabía, menos Pilar, que se había quedado un poco atrás, siempre callada y recelosa...

Toda la campiña estaba inundada del sol. Una gloria de luz se difundía en el ambiente. El cielo lavado y cristalino era una estrofa final en el poema inmenso de alegría que cantaba la Creación á coro... De los hogares campesinos ascendía una columna de humo que auguraba las tremendas comilonas de las fiestas sacramentales. No se veían cruzar aldeanas por la carretera, con cestas llenas de pucheros de leche y frutas, camino del mercado de la Pola de Ablandi. Aquel día era de descanso absoluto...

Camino de la estación, las niñas se encontraron con *el Rubiales*. Estaban frente al frondoso castañado de Merás, que parece una selva virgen, oscuro y fresco aún en los más cálidos mediodías estivales; catedral de árboles serenos y estáticos como columnas. Dentro del castañado, en lo más denso, está la capilla de la Luz, donde todos los años, por un tibio atardecer de junio, se vá

á merendar la leche «cuayada» con azúcar... Detrás del castañedo está la ilimitada llanura, el mar verde de maizales y praderías, que se dilata en una extensión de doce kilómetros y no termina hasta besar los umbrales de la melancólica estación de Ablanedo.

El Rubiales saludó á las señoritas con extremos de galantería rústica.

—¡El Señor las conserve tan guapiquines y fresques!... Yo vengo alloriau de ver tantos buenos mozes...

Las muchachas reían, complacidas de estos piropos agrestes, tan distantes de los acaramelados conceptos con que las enmielaban los muchachos de la capital...

—Mialma, yo ando mal estos días desque tan aquí tantos rapaces... prosiguió *el Rubiales*.

Sonreía al decir esto con sonrisa maliciosa de aldeano ladino, poniendo con preferencia los ojos en las apetitosas exuberancias de Luisa, en el risueño semblante de Luz y en el picante cutis moreno de Lola, y desdeñando las frágiles figurillas de Carmen y de Pilar.

—¡Júrolo, por la salud de mi madre, señorites!... Ustedes traénme á mal traer... An-

do apulmonao... Denantes yo estaba per-bono y contentín como un verderón... Con cualisquier cosa gozaba... Ahorina tó me aturullo y ni sé lo que faigo... la mi moza va perder las amistadas conmigo, porque siempre me ve con esta cara de mamueto... que ni la miro, pensando en les señorites de *La Tenderina*...

Volvió á reir socarronamente. Bajo su envoltura campestre latía un instinto sagaz de refinado D. Juan.

Se despidió con grandes reverencias, inclinándose hasta los pies y soplando en la gaita los interminables preludios de *La Soberana*... Lejos se perdieron los gemidos quejumbrosos y nostálgicos...

Las chiquillas, riéndose, brincaban por la carretera, traviesas, retozonas, sintiéndose en la infancia. Se oyó silbar el tren detrás del castañedo...

¡Nenas, aprisa, que llegamos tarde!... El tren está en la revuelta de Cucasusa, cerca del disco, anunció la pizpireta Carmen.

Echaron á correr con todas sus fuerzas. Luisa, cuyas buenas carnes presagiaban ya crasitudes de matrona, se cansó enseguida. La más resistente era Lola Suárez, con su

cuerpo fuerte y proporcionado de gimnasta. Llegaron jadeantes al apeadero, á tiempo que el tren enfilaba la curva que terminaba en zig-zag violento.

El apeadero de Bendición es una casuca ruin de un piso, de ladrillo, cuyo color vivo es más detonante entre los maizales verdes que la rodean. El único adorno de la fachada lisa, con dos ventanucas á cada lado de la puerta central, es el reloj, ese reloj litúrgico y severo que hay en todas las estaciones de ferrocarril.

Con gran asombro de las forasteras, al detenerse el tren en la estación, donde solo paraba un minuto, sin dejar de resoplar la locomotora, como manifestando su desdén al lugarejo;--descendieron de un wagón de primera tres elegantes señoritas de Ablanedo...

Luz se abalanzó á una de ellas, que era rubia y alta.

—Pero niñas,... ¡si es Amalia!

Efectivamente era la gentil Amalia Ruiz López, la hija del senador vitalicio y consejero del Banco de Fabricia. Detrás de ella descendió una joven menudita y vivaracha, hija del Director del Instituto, Concha Mirabueno. Otra buena moza que iba muy es-

cotada era Asunción Abello, la cuñada del Marqués de Ribadavia.

Luego que se hubieron apeado las niñas, descendió trabajosamente el fofo y reumático Marqués, embutido en un tremendo gabanón de pieles, á pesar del día cálido.

El jefe de estación, humilde y respetuoso como los antiguos siervos de la gleba, ofreció sus respetos al Señor Marqués y á las señoritas, que reían despiadadamente de la facha del pobre hombre. Al abandonarlo las lindas muchachas, vestidas con vaporosos trajes, pizpiretas y graciosas, el wagón quedó mudo y hostil como un palacio deshabitado...

El jefe, que era á la vez factor y mozo de equipajes, sonó una campana cascada, el tren dió un silbido y partió rechinando en una trepidación regular y armónica, mientras la gorra del jefe seguía aún flotando en el aire.

Como el Marqués y sus acompañantes estaban invitados á casa de los Sres. Fontenelle, al llegar al linde del jardín señorial se separaron del grupo de muchachas, despidiéndose hasta la tarde en el campo de la romería.

En las casas ya se aspiraba el olor familiar del «pote» de la tierra. Mientras las sirvientas trajinaban por la cocina, preparando la suntuosa comilona, clásica en todas las fiestas de aldea, Luz y las amigas se dirigieron hacia la iglesia á oír la misa mayor.

Se anunciaba con un estampido de cohetes y un voltear alegre de campanas parroquiales. Iban entrando las mujeres con la mantellina á la cabeza; algunas, más señoriles, llevaban un velo fino; y otras, más descuidadas, cubrían su tocado con un pañuelo de seda de vivos colorines... Los hombres quedaban en el pórtico, vestidos de gala; los mozos con una rama de avellano ó un nudoso garrote de cerezo, y el cigarro á la oreja. Todos iban vestidos con fuertes trajes de paño basto, llevaban nítidas camisas rameadas, sin corbata ni cuello; lujo desusado por aquellos andurriales.

Comenzó la misa. La gaita gemía desde el coro, acompañando el torpe y trémulo canto llano. Las frases latinas se alargaban en inverosímiles zig-zags... Toda la misa adquiriría con este canto, interpretado por cantores rústicos, una rudeza primitiva, algo como el residuo de un rito olvidado... Un

mísero presbítero rural, de palabra dificultosa, recitó con la tonada rutinaria que emplean los niños de la escuela, un panegírico aprendido en algún viejo sermonario.

Al terminar la misa, salió la procesión. Estallaban «voladores» de doble palenque y se oía el gemir de la gaita como el llanto áspero y á la vez dulce de un niño vicioso que se arrepiente... Al salir del atrio, se sentía una impresión de naturaleza en contraste con el ambiente oscuro, tristón y sahumoso de la iglesia. Se veía el sol, los campos verdes, el Nordeste batiendo los árboles... La fé de veinte siglos, la fé firme y muda de los aldeanos; se elevaba en cánticos repiqueteados de los presbíteros, en sollozos pectorales de las mujerucas, que parecían desahogar el corazón de una raza entera, mientras el tambor redoblaba al estilo militar... La fé humilde de un pueblo ingenuo se postró delante de un reposorio adornado con guirnaldas de flores rústicas. Todos los pechos se ahogaron en sollozos. A la sombra de un nogal quedaron descansando los mozos del pueblo que llevaban las andas de las imágenes; el beatífico San Antonio, con su carita boba y su niño en brazos; el llaga-

do San Roque con su perro flaco; y la Virgen de los Dolores, con sus siete espadas atravesándole bárbaramente el corazón...

Los estandartes de raso encarnado y blanco flotaban al aire y sus borlas se enredaban en las ramas de los nisaes, de los castaños y de los pomares que saltaban sobre las tapias de las huertas colindantes; ó bien se enredaban en los «artos» más salientes de un bardal. Se escuchaba insistentemente la voz cavernosa del capellán de Luz, míseramente revestido con un roquete sin mangas. El pendón altivo y enhiesto pasaba gallardamente sostenido por manos toscas; encallecidas en el trabajo de la tierra. Los cohetes de doble palenque seguían estallando retumbantes, poniendo medrosicas á las mozas más débiles. Las campanas repicaban enloquecidas, como ángeles en día de asueto...

Al volver de la iglesia, ya la comida casera daba su fragante aroma. Las emanaciones del tocino «rustio», bien frito, mezclábanse á las suaves esencias de la sopa de hierbas, servida en una monumental sopeira, donde los tentadores «tropiezos» de jamón nadaban en un mar de caldo espeso...

Venían luego los dos confortantes cocidos, servidos á estilo del país, con grandes trozos de «llacón» flotando sobre las «fabes»; la merluza á la vizcaina que era el único manjar ciudadano, que daba sensación de hotel; la carne asada, pingüe y sabrosa; y por fin... ¡la delicia de las delicias! el arroz con leche, espeso y jabonoso, con una capa superior de canela espolvoreada encima del blanco intenso...

A esa hora toda la aldea estaba callada. En casa de los Sres. Fontenelle, donde comían los invitados de la capital, se oía á ratos un acordeón destripado preludiando aires de *Chateau Margaux*. En la casa rectoral comían los clérigos venidos de parroquias lejanas; y en casa del señor alcalde pedáneo, los primates del lugar. La banda del Hospicio de Ablanedo, que había sido contratada para la romería, se cobijaba en la vasta huerta de la viuda de Granda; y asomándose por la portilla de la casa de los Fanjul, se podía ver á los pobres hospicianillos dándose un banquete mónstruo bajo los manzanos en flor y los nogales sombríos, con el bombardino ó el clarinete al lado...

Pasada la fuerza del calor, á eso de las tres y media, las cinco muchachas, acompañadas de la anciana sirvienta Ramona, que llevaba ya veinte años á su servicio y cuidaba de la casa durante la ausencia de los señores, subieron al familiar faetón, que echó á correr cascabeleando ruidosamente por la polvorienta carretera. El desvencijado vehículo, que tantas veces condujera á dulces meriendas campestres, en día de fiesta, orillas de una fuente clara, de un regato campesino con juncos en las márgenes ó de una blanca ermita florida;—corrió por la carretera de la Pola de Ablandi, moviendo una polvareda alegre, sorteó la dificultosa entrada del amplio camino vecinal de Contrueces, todo sombreado por verdinegros nogales y esbeltos álamos, y dejando á un lado el Depósito de Aguas, con sus arcadas enormes, donde el eco retumba como en una cripta, dió vista al palacio de los señores de Manzanedo. Allí el camino vecinal se abre más aún, formando una plazoleta rectangular, con bancos rústicos hechos con troncos de los árboles que los sombrean,—un fresco rincón donde en las tardes doradas de Agosto van á pasear las veraneantes... El zaga-

lillo que guiaba el coche descendió canturreando y dispuesto á dejarlo en lugar seguro, para irse á dar una vuelta por el campo de la romería... Luz le dió licencia para marcharse cuando quisiera, porque volverían á pié...

Las muchachas turbaron el silencio de aquel recinto y de aquel caserón deshabitado; porque el postrer retoño de la secular familia, Pepín Manzanedo, vivía en Madrid, dilapidando las últimas migajas de su mermada fortuna entre *chanteuses* y ventajistas... Las carcajadas frescas y perlinas de Carmen Acevedo animaron aquellas soledades. Todas las amigas iban vestidas con blancas blusas de batista ó de seda, que dejaban ver por sus transparentes rosetas, la dulzura de la carne rosa ó morena; llevaban faldas plisadas y cortas, que hacían entrever la morbidez incipiente de la pierna cuando corrían, y llevaban en la mano la sombrilla, el abanico y el indispensable pañuelo de seda para los «perdones»; la obligada ración de avellanas que se compra en todas las romerías para llevarlas á los que quedaron en casa esta vez, «los perdones» eran una fórmula secular sin finalidad alguna;

porque mal podrían partir la recia cáscara D.^a Saturnina con su boca hueca y sepulcral y el digno D. Severiano con sus destrozados molares...

Por la limpia estrada campestre, á la que las hayas y los nogales daban una penumbra soñadora, caminaban las alegres muchachas seguidas por la fiel Antona. A lo lejos veíanse los campos verdes, *La Tenderrina* blanqueando tras la frondosidad del castaño de Merás, la línea férrea, el apeadero rojo... Sonaban las campanas de la ermita en torno de la cual se celebraba la romería. Era el toque de vísperas, al cual acudían raras mujerucas devotas y apenas dos ó tres presbíteros; los de parroquias más distantes habían emprendido ya la larga caminata y algunos, abotargados por la comilona clásica, optaban por permanecer en la rectoral, jugando un tresillo... Eran unas vísperas humildes y campestres, sin duda más aceptables á los ojos del Señor que solemnes vísperas en basílicas fastuosas. La greguería de los romeros mezclábase al cántico mansurrón y adormilado de los presbíteros: *Dixit Dominus Domino meo; sede á destris meis...* Saliólas al paso una muje-

ruca con ropas haraposas y rostro compungido. Era el prenuncio de los múltiples mendigos que se arrastran á la entrada de los campos de romería. Hablaba con voz lacrimosa y entrecortada:

—¡Señorines por el amor de Dios y del santo del día!... Una limosna para esta prohibina vieya.. Murióseme el fío que me lo ganaba pa comer... Que era gordo y recachao que daba gloria verlo... Que tenía les moces á puños... ¡Ay, mi corazón, tan guapín como era y dieron una puñalá á la entrá del puente de Bustol... ¡Ay, el mi rapacín, que lo dejaron allí muertiquín, como un coríol...

Ramona, acedamente, le atajó la fúnebre perorata...

—¿Quite p'llá, cristianal... ¿Non tien otra cosa mejor que hacer? El demonio e la pendona, que anda corriendo les caleyes teniendo eses manes fuertes como robles...

Luz, compadecida, sonrió.

—¡Calle, Ramona, no sea así!... Cuando ella pide, por necesidad será... Nadie pide por su gusto...

—Señorita, el demonio me lleve si no estoy yo pior alimentada que ella...

La mendiga, viéndose así insultada, ó, por mejor decir, desenmascarada ante aquellas señoritas de quienes esperaba pingües limosnas, desatóse en improperios jeremiascos, lanzando una homilia moral á propósito del lujo;—mientras las señoritas se perdían entre las últimas frondosidades del camino...

—Vaya con les señoritines de pan prin-gaol... Apetezme daias un palo cuando las veo con esos sombrerotes...

Huelga decir que las muchachas iban con el rubio ó negro pelo al aire, pero la fantasía campestre de la mendiga imaginaba un sombrero existente, aunque no actual y visible...

—La Virgen del Carmen no gasta sombrero... Así Dios me salve si no están condenaes eses mociquines tan simplones...

Sus apóstrofes perdíanse á lo lejos, atenuados por la oquedad del camino, mientras la gruñona sirvienta desgranaba una historia prolija, con la abundancia de dicción de los campesinos asturianos.

—Pué crerme, señorita, estes probes son más males que arrastraes.

Hablaba en ella el despecho de la sirvienta fiel que ve comerse su pan en la migaja

ofrecida al mendigo, ó quizá el reconcomio de que á ella pudiera ocurrirle otro tanto que á la mujeruca en plazo distante...

—¿Acuérdense les señorites de D. Facundín de la Plata?... ¡Aquel señor que vivía en el Palacio de Contrueces!.. Pos una vez por poco i rompe la cabeza á un home que era allá de Riaño, gordo y colorao que asombraba... Andaba vestío de probe y diciendo á toes les mozes:—¡Mociquina, qué piernas más gordes tienes!... Acercóme yo y digoi:—Qué tiempo más bono está!...—Sí, está perbono, contestóme el home de las sayas.—¿No vienes p'acá? preguntó entós á una moza que andaba por allí cerca.—Allá voy.—Tomó entós la volada con ella... Vien don Facundo y diz:—Gandul, si vuelves á asomar por aquí... Pos aquel homín de Dios asín andaba por les caleyes diciendo:--Mandeipal invierno paño pa los rapazinos y mandei pa escarpinos y después vinimos de justicia en justicia... Entós iba de ciego... Quieo avertíselo, señorita...

Hablaba en singular, pero dirigiéndose á todos con los gestos violentos de su cara rugosa y palmoteando sobre las sayas negras. Tomó aliento y prosiguió sin cansarse:

—Pos ahora escuche el golpe; que un home esté reventándose el cuerpo to el día pa ganar ocho reales, y esos manguanes... Señorita, ¿usté acuérdase de aquella Atanasia, qué mujer más piañona no la había?... Pos ella y la fía andaban gordas y lucidas como unes truanes. ¡Y la de la fábrica de jabón que llevaba guardadina la manteca para llamber con el pan que i daben en les cases!... Dios me perdone, pero yo matábales á eses pendones...

Entraban en el campo de la romería. En torno de las barracas de toldos sucios, que algún día fueron blancos, apiñábase una multitud enorme, confusa y vocinglera. Sonaba la gaita plorante; repicaba el loco tambor; gemía el violín de un ciego, de esos que van de romería en romería, que es como ir de dolor en dolor... Bajo el sol claro eran más nítidos los contornos; albeaban las camisas de los mozos, lucían los pañuelos de colores de las muchachas, y entre los trajes oscuros y toscos de los labradores destacábase los ternos claros y ligeros y los sombreros de jipijapa de los *americanos*.

Había venido más gente de Ablanedo en el tren de las dos y media, en vista de que

la clara tarde convidaba á darse el paseo de tres cuartos de hora que tarda el ferrocarril en llegar á Bendición. Veíanse niñas elegantes, de las que se ven á la salida de misa de doce de Santa Clara, y ¡oh dulce sorpresa!... entre la bullanga del gentío pronto las cinco amigas distinguieron á tres personitas muy saladas y que les gustaban mucho. Eran el capitán Aguado, novio de Luisa Pulido, el oscuro empleado del Gobierno civil, que estaba en relaciones con Carmen Acevedo y el interesante forastero en quien tanto pensaba Luz Fanjul...

A la entrada del campo se arrastraban los lisiados implorantes, los que mostraban úlceras sanguinolentas, los mancos de muñones colgosos... De estos ya se compadecía muy mucho la locuaz Ramona, que era toda almíbar derretido, aunque quisiera á veces fingir un corazón de hierro...

—Miren, señorites, á estos probitinos que no lo pueden ganar paezme muy bien que ios den...

Las señoritas fueron repartiendo monedas de cinco céntimos entre los desventurados que se arrastraban por la hierba húmeda... Algunas perras caían sobre las llagas

supurantes pingándose de sangre y de pus.

Ramona paróse delante de una pobre mujer imposibilitada, que parecía reducida á la más mínima expresión de mujer sin piernas, casi sin brazos, fracción de un organismo, encajonada entre cuatro tablas con cuatro ruedas. Era una anciana de sesenta años, con la faz extrañadamente demacrada y rugosa, como de mártir. Ramona preguntó con la ingénita curiosidad campestre:

—Ese arrugamiento de la cara ¿ye vejez, cristiana?...

—Fué mal que el Señor me dió, contestó con voz arrastrada y cantarina la interrogada.

—¿De dónde ye?

—Del Fresno... Tengo el mal de piedra... Voy á buscar la vida; que la muerte aluego me atopará...

Y echó á correr desatadamente con su silla portátil.

—¡Váalnos Dios! gimió Ramona, enjugándose los ojos con el pañolón de hierbas... Tan cuquina como ye la probe y vese así...

La romería estaba en su apogeo. Los corros de baile eran cada vez más compactos. Los aldeanos daban grandes saltos que pa-

recían hacer retemblar el suelo; con la garrota en alto, descubiertos casi todos, los más previsores con el sombrero ladeado, para resguardarse del sol que aún picaba mucho. Algunos mordían con sus dientes blancos de animales bien constituídos, un tallo de clavel ó de rosa, regalado por alguna nena aldeana; de estas nenas asturianas, mimosonas y suaves, que enfrente de ellos bailaban sin alzar casi los pies del suelo, sin hacer contorsiones arlequinescas, sin moverse apenas del sitio, con el pañuelo caído sobre la frente, que azotaban leves rizos rubios, y los ojos bajos, los pensativos ojos de vaca sin remordimientos... Era un encanto ver bailar aquellas mozas musculosas y recias, poniendo en su danza el ritmo suave que ponen en su acento cantarín.

¡Y era de ver en uno de los corros á la gentil Amalia Ruiz López, con su blusa encarnada de seda, que más abrillantaba su pelo aurino y sus colores sanos, bailando la giraldilla, frente á un mocetón bien plantado, hijo del Alcalde de Contrueces, un poco avergonzado de encontrarse ante aquella señorita tan fina y elegante... Todos los grupos estaban pasmados de ver á la gentil ru-

bia, que con desgaire señorial, hacía piruetas sobre la hierba verde, recomendando al tamborilero de Contrueces que llevase más aprisa el compás!... Las formas de su cuerpo torneado se marcaban más firmes con el movimiento del baile; apetecía cambiarla el traje urbano por un mantón atado atrás y una rameada falda, y abrazarla allí entre el olor á tomillo y los plañidos de la gaita..... Los señoritines de la capital, que habían venido en el tren de las dos y media al olor del cuerpo juncal y la rica dote de Amalia, la miraban embobados (que era su actitud natural), y una vez más la declararon mujer imposible y loca de remate!... ¿A quién se le ocurre?... ¡Bailar con un mozo cualquiera con tal descarol!... Amalia sonreía, satisfecha de su triunfo entre la gente aldeana, que la aclamaba como reina, y regocijada de las murmuraciones que estaba segura de suscitar entre los pollos despechados y las señoritas envidiosas...

Luz Fanjul y sus amigas no la pudieron contemplar porque se habían adelantado un poco, sentándose detrás de la ermita, á comer unos dulces y beber un poco de sangría. Era un convite ofrecido por los dos

novios oficiales—el capitán y el empleado del Gobierno,—aceptado sin rubor por parte de sus prometidas, y en el que entró á última hora, no sin sonrojarse mucho, Luz, á la que el interesante forastero brindaba un sabroso pitiminí.

Aquella soledad familiar le alentaba; y él, de suyo tímido, osó requebrar y galantear cumplidamente á Luz. Se llamaba Carlos Contreras y era hijo de una modesta familia madrileña, que habitaba en la calle del Fúcar. Había pasado su adolescencia estudiando; estudiando siempre, sin ver apenas la calle, sin tratar más que un círculo reducido de amistades. Y al fin había obtenido su recompensa, ganando á los veintiún años aquel destino lucrativo y fijo.

Todo esto lo supo Luz aquella misma tarde por confidencias del muchacho. Las otras dos parejas, un poquitín apartadas, charlaban en voz baja. Ramona se había entrado en la capilla á hacer sus devociones... Iba cayendo la tarde y el sol apagaba sus fuegos; los cánticos aldeanos y los plañidos de la gaita sonaban más puros, más serenos, amortiguados por la relativa distancia. Libre de impurezas visibles, el himno de la

Vida sonaba entonces como únicamente suena bien: un poco lejos...

Carlos y Luz no sintieron deslizarse las horas charlando incansablemente, y no pudieron creer que eran ya las siete cuando Lola y Pilar, que se habían quedado en el grupo de Amalia Ruiz López (la primera, un poco despechada de no encontrar acompañante, la segunda siempre modesta y formal), vinieron á avisarlas.

—¡Vamos, niñas, que ya es hora de ir hacia casa!... Claro... Estáis todas ahí tan entusiasmadas.

Y los ojos gitanos de Lola pusieron una reticencia algo rencorosa en la mirada dirigida á Luz y á Carlos.

Los dos nuevos enamorados caminaban ya muy unidos, en el éxtasis que da una pasión, sobre todo á los comienzos... Habían volcado su corazón en aquella tarde; y sin confesárselo paladinamente, se habían dicho con las miradas embebidas y con las actitudes mimosas todo su amor. Se querían desde que se habían conocido; y ¿por qué ocultárselo? al comenzar á tratarse, veían que simpatizaban mutuamente. Quedaron pedi-

das y otorgadas las relaciones aquella dulce tarde de romería...

Retirábase la gente del campo; y solo quedaban allí los bebedores empedernidos y los que vienen dispuestos á armar quimera... No se veían más que grupos de aldeanitas cogidas de la mano y colgando de la otra el pañolín de avellanas;—uno de esos pañuelos rameados que tienen inscrita una dulce enseña de amor: «vuelve pronto...»; «seré siempre tuya»; pañuelos mal festoneados que gustan de llevar las mozas que tienen el novio en el servicio ó en Cuba...

Flotaba en el aire una fragancia diluída, —mezcla de vaho de la tierra, de relente crepuscular y de aromas femeninos... Sonaban cánticos fragmentarios y rotos. Uno iniciaba una tonada que no concluía y le contestaba una voz de mujer, rematando la canción... Las parejas de enamorados se decían cosas más dulces que en todo el día... Carlos y Luz iban muy juntitos y delante de todo el grupo. Emocionados uno y otro, como siempre se está en la primera entrevista, no acertaban á decirse nada con sentido... y sin embargo, ¡tantas cosas les salían por los ojos!...

Por la estrada de Manzanedo se arrastraban los lisiados gemebundos...

—Velos, señorita, gritó Ramona, hablando con Pilar ahora... ¿Sabe paonde van?..... Pal *Ecce Homo* de Contrueces... Ahora ya lo sabe... Mañana ye la misma función...

Los tres novios se despidieron en el cruce de las carreteras, para encaminarse hacia la estación, á tomar el último tren de Ablanedo, que pasa á las ocho y cuarenta...





VI

Habían convenido Luz y Carlos en que se verían cuotidianamente. A las dos y media llegaba un tren de Ablanedo, en el cual vendría Carlos, libre de oficina desde la hora del mediodía para regresar en el tren de las ocho y cuarenta.

La alcoba de Luz daba á la parte trasera de la casa. Un haya patriarcal agitaba sus ramajes sobre la ventana de la habitación, como si con sus brazos paternales quisiese bendecir aquel camarín femenino. Detrás se erguía un gigantesco eucaliptus; y más allá, se extendían los campos verdes y los maizales ondulosos como cabelleras de mujer.....

Apoyado en el tronco del haya pasó Carlos su primera tarde de amor, agalbanado

por el cálido día estival... El aroma de la retama dulcificaba un poco el ambiente bochornoso, y de lejos venían rescendencias resinosas de un pinar distante. Una fragancia total de aldeanía y de paz campestre rodeaba la casa...

En tan claro y limpio ambiente las palabras brotaban puras y expresivas. Acompañaban á las frases de amor los pardales y gorriones que picoteaban en los arbustos cercanos. Era como una melodía superpuesta á la plena armonía del diálogo de los enamorados. Al recostarse el sol en el Occidente, una tranquilidad infinita inundaba los agros; y los amantes, sin poder contenerse, emocionados, se oprimieron las manos. Una intimidad nueva brotaba en ellos, inconsciente, irreprimible, orgánica, suscitada por la soledad de la aldea y por el ambiente tranquilo...

Carlos pensaba en sus anteriores novias; dos muchachitas madrileñas, pizpiretas y cursis, que conoció en reuniones cachupinescas. Las dos eran uniformes y monótonas como una oración que se ha aprendido de memoria... Se diferenciaban un poco en el tinte de los cabellos y en el tono de la voz.

Sus almas eran absolutamente iguales. La una tenía el pelo zaino, muy crespo, la naricilla respingada, los ojos pequeños y el cuerpo flexible. Era una ardilla en traje de mujer. Esta se llamaba Almudena; y la había conocido en un piso segundo de la calle de la Verónica donde las hermanas de un condiscípulo suyo del Bachillerato, daban reuniones con visos aristocráticos,—de una aristocracia *fanée* y ridícula. Las muchachas eran hijas de un Capitán de Administración militar y tenían las pretensiones de hijas del Ministro de la Guerra. En su casa se bailaba el rigodón y se bebía vino ajerezado del Marqués de Mudela. ¡Una delicia! La condición precisa para ingresar en la sociedad *fashionable* de aquella gente tan *chic* era, para las señoritas, ser bien educadas y no asistir á taller alguno, porque esto significaba un desdoro para tan nobles y gentiles damiselas; para los muchachos, vestir bien—y no perseguir modistas... Las modistas sobre todo si eran bonitas y elegantes en la indumentaria, constituían el torcedor de estas niñas y les amargaban la existencia. Eso de que un estudiante de Medicina, v. gr., con su carrera á medio terminar, se enamorase

de una oficiala de *Madame Madeleine* y ésta tuviese el suficiente gancho para conducirlo á la calle de la Pasa, lo reputaban una ofensa personal estas divertidas damiselas;--que, entre paréntesis, eran tres, desgachadas y feas como demonios. Los humoristas que asistían á la reunión las habían decorado con apodos galanos. A una la llamaban doña Rasa, por alusión á la planicie de su cuerpo; á la otra D.^a Remedios... contra no sabemos qué ignoto mal; y á la última, doña Trinitaria por su aspecto monjil. En tan grotesca morada conoció Carlos Contreras á una de tantas muchachas que iban allí á la caza del oso, ni más fea ni más guapa que las demás, pero que supo engatusarle con incendiarias miradas y palabritas melosas... Almudena era hija de una pensionista, la inevitable pensionista de un Jefe del Ejército. Le hizo pasar por todos los trámites de rigor; su cuquería madrileña le dictaba los medios más conducentes á enardecer al muchacho y lanzarle al piélago sin fondo de las relaciones formales, esas abominables relaciones formales de las cuales se puede decir lo que en el verso del Dante: *Lasciate ogni speranza voi che intrate...* Pero la tal Almudena era

tonta de remate, y lo que logró con sus ardidés, fué cansar enormemente al pobre Carlos, que, á los ocho días de hablar con ella, experimentaba, al ir á verla, la sensación de un cordero que marcha al sacrificio. No le hablaba la niña más que boberías; y aún las cosas más tiernas, que en otra cualquiera habrían embelesado, pronunciadas por su boca sonaban á hueco, como si la vaciedad de su cerebro de chorlito las hiciese repercutir cavamente!... Cuando la tal Almudena propuso á Carlos que subiese á hablar con la mamá,—la cual, apesar de su fingida ceguera ó *vista gorda*, estaba más enterada que los mismos interesados,—el chico se llamó andana y no apareció más por los alrededores de su calle. Algunas veces la tropezaba después en la vía pública y la muchacha le lanzaba unas miradas de basilisco, que revelaban la hiel contenida en su alma. La otra novia de Carlos fué absolutamente idéntica, con leves variantes de detalle. Le duró algo más (hasta tres meses mal contados) porque era más discreta que Almudena. Se llamaba Encarna y vivía en un cuarto interior de la calle de Relatores. Era rubia, fina, un poco semejante en tipo á Luz,

aunque más escúalida y anémica, por efecto de la mala alimentación y del cuarto anti-higiénico. Era dulzona y sensible, pero no tenía «gancho». Pavisosa, su conversación aburría á los diez minutos. Fué al Retiro con ella muchas mañanas de domingo primavera y gozó más con respirar la frescura del aire que con caminar al lado de aquella niña paliducha... A contrapelo, prolongó las relaciones durante tres meses, porque le daba compasión de la pobre chica; pero, á pretexto de unas vacaciones de Navidad, en que fingió irse á la Mancha con unos tíos (y se fué en rigor á Jetafe, dos días) rompió con ella definitivamente...

Nunca había sentido al lado de aquellas madrileñas ladinas lo que al lado de esta asturianita guapa y suave... ¿Sería acaso el ambiente lo que influía en él? El hombre es un animal tan radicalmente fisiológico que se conmueve con la compañía de sus hermanos los seres inorgánicos. Oscuros atavismos nos empujan á la tierra de la cual hemos brotado; y en la mitad de nuestras sensaciones el mundo exterior es un agente poderoso. Lo que llamamos reacciones psíquicas son muchas veces apetitos fisiológicos.

El ambiente ejerce tal imperio sobre nosotros porque nosotros somos una parte integrante de ese mismo ambiente. ¡Quién sabe si las almas, como las plantas, no dan fruto muchas veces, se resecan y se agostan, por no encontrar clima propicio á su expansión harmónica!...

Lo cierto era que en el adecuado ambiente campesino, Carlos sintióse enamorado de Luz como de ninguna otra mujer lo había estado. Si la suave rubia podía ofrecerle las primicias de su corazón, el muchacho también brindaba un alma virgen de fuertes emociones amorosas.

—Yo no he querido nunca como te quiero á tí... No sabía lo que era esto, pero me parece vivir en la gloria... Pensar en una sola mujer y no vivir más que para ella..... ¡qué encanto! decía Carlos.

—Eso lo dice usted ahora,—respondía Luz, á quien costó mucho trabajo habituarse al tuteo, insólito para ella con respecto á un muchacho joven;—pero en cuanto se vaya á Madrid...

—Pero, niña, ven acá. ¿No ves que yo no puedo volver á Madrid á las primeras de cambio? ¿No te he dicho que estos nuevos

destinos de Hacienda por oposición son fijos generalmente?... Claro es que pueden trasladarme á cualquier otro punto; pero no lo espero ni lo quisiera, por lo menos en mucho tiempo...

—Sí; pero figúrese usted que se marcha usted á Madrid una temporada para visitar á su familia...

—Sí, eso sí, quizás para este mismo otoño vaya á pasar quince ó veinte días...

—Pues ya ve; entonces me echa desde el tren la bendición con la mano izquierda que es como dicen que se olvida á las personas... y en cuanto el tren salga de la estación de Ablanedo... ¡Adios, Luz, si te ví, no me acuerdo!...

—Cállate; no digas eso ni en broma, que me enfado...

—Pues enfádese; porque para lo que me quiere, no me importa, respondía Luz poniéndose mimosa; y sus tiernas palabras dichas con acento de súplica, contrastaban con el ceremonioso tratamiento de usted.....

—Lo que te quiero no puedes tu figurártelo porque vosotras no sabeis querer...

—Ya, ya. Eso les ocurre á todos los hombres y por eso hablan así...

El diálogo se prolongaba en una familiaridad apacible, lleno de reticencias recíprocas alusivas á los mismos que la dirigían.

Cuando Carlos se ponía demasiado tierno, Luz solía atajarle con una frase discreta, que no fuera rociada de agua fría, pero tampoco un atiza-fuegos...

—Mire, Carlos, no sea bobo, no me diga esas cosas, porque me enfado y marchó...

—Entonces ¿qué te voy á decir? Feotona, antipática, tontilla...

—No, tampoco eso; pero me da rabia que me llame bonita y todas esas tonterías, porque creo que se está burlando de mí...

—¿No te gusta que te hagan fiestas?...

—No; no me gustan los hombres muy zalameros... Se me figura que el que es zalamero es muy guasón...

—Eso será cuando sea zalamero con todas y á todas haga fiestecicas... Pero yo no lo soy más que contigo, porque eres la única mujer á quien quiero.

Luz, chuscando un ojo, contestó:

—Ya, ya... ¿Y qué me dice de Lolita?.... Si Lolita le oyera... Pues no están lejos, porque han ido á la capilla de la Luz...

—De tu patrona, de tu virgencita...

—Eso es...

—Bueno ¿y qué hay con que me oyera?... En primer lugar, yo á Lola nunca le he dicho estas cosas que á tí porque nunca la tuve tanto cariño como á tí...

—¡Qué de repente le entra á usted el cariño!... Pronto saldrá también...

—Nada de eso... De tí depende. Como tú me seas fiel y no me engañes, yo no te olvidaré jamás...

—Pues si es así, yo respondo...

--¿Lo prometes?

—Lo prometo...

—¿Te atreverías á jurarlo?

—No me gusta jurar porque es pecado; pero por esta vez sea...

Y puso sus rosados dedos en cruz, besándolos suavemente...

—Ese juramento debiera haberlo sellado yo... indicó Carlos.

—Está prohibido...

—¿Por quién?...

—Por mamá... por el confesor... por mucha gente...

—Pero en la mano no tiene nada de particular... A las reinas y á las señoras de mucho respeto se las suele besar la mano... Y

tú eres para mí mi reina y ya ves que el beso puede ser una señal de respeto...

—No me convences, dijo Luz, sonriendo y un poco ruborosa de que se le hubiera escapado el tuteo.

—No será por falta de razón, contestó Carlos, que no había reparado en el cambio de tratamiento...

Se quedó un poco pensativo para hacerse más interesante. La suave rubita le miraba con tristeza. Cortó el silencio diciendo:

—No porfíe usted porque es tontería...

—Está bien...

Era ya casi de noche. Sobre la campiña serena flotaba un vaho tibio... Cencerreaban las vacas en los establos; por la calleja del castañedo, caminaban algunos vaqueros retrasados, *falando* las reses con la *guiada*; comenzaban á ladrar los perros desde las corraladas...

—Ya va siendo hora de acercarse á la estación, porque hay un buen trecho y cuando ya es de noche, no acierto con el camino...

Luz, creyendo que se iba un poco resquemado de su terca actitud, se inclinó más

sobre la ventana, con la fresca boca riente y los ojos parleros.

—Bueno, pues hasta mañana. Mañana será otro día, dijo con fina alusión...

—¿Y porqué hoy no? replicó Carlos, un poco alterado. Y acercó su boca á la mano de Luz, que se ofrecía trémula sobre la reja. La dócil niña se dejó besar y su mano besada lo despidió, hasta que su sombra desvanecida en la penumbra crepuscular se perdió entre los oscuros nogales de la calleja.

Por el camino Carlos iba saboreando su amor. Luz era suave y obediente como una paloma. Bien se adivinaba además que nadie se había adentrado nunca en su corazón. No era de esas niñas picardeadas y ambigüas que á los dieciocho años saben todo el doctrinario del amor. Era una corderita, de la cual se podría hacer lo que se quisiera... Cuando estas rubias desmayadas se ponen á querer, son tan atroces como cualquier morena volcánica, pensaba Carlos.

Llegó á la estación, cerrada ya la noche. El jefe protéico, que servía de factor y de mozo de equipajes, alzó la linterna y la enfocó hacia él, al mismo tiempo que contes-

taba á sus: ¡*Buenas noches!*... Miraba con extrañeza á aquel señorito que á tan des-templadas horas volvía de Bendición: ¡una aldeuca donde nada había que hacer!... Al fin se tranquilizó pensando que volvería de visitar á los señores de *La Tenderina*...

—¿Cuánto falta para la llegada del tren? preguntó Carlos por decir algo, amortecido de tristeza y de tedio en aquella estación oscura y tan sola.

—Trae retraso, señorito, contestó el jefe, totalmente reconciliado con aquel señorito tan «hablante», y, por lo tanto nada sospechoso; Poco; cinco minutos... Estará aquí á las cuarenta y cinco...

—¿De modo que á las nueve y media en Ablanedo?...

—Eso mismo, señorito...

Llegó el tren. La locomotora, al embocar la curva agria del castañedo de Merás, arrojaba tras si una larga cauda de chispas rojas. El maquinista, negro como un endemoniado, preguntó al jefe, poniendo un pie en el estribo del ténder.

—¿No dejó nada para mí esta tarde la Rosina?

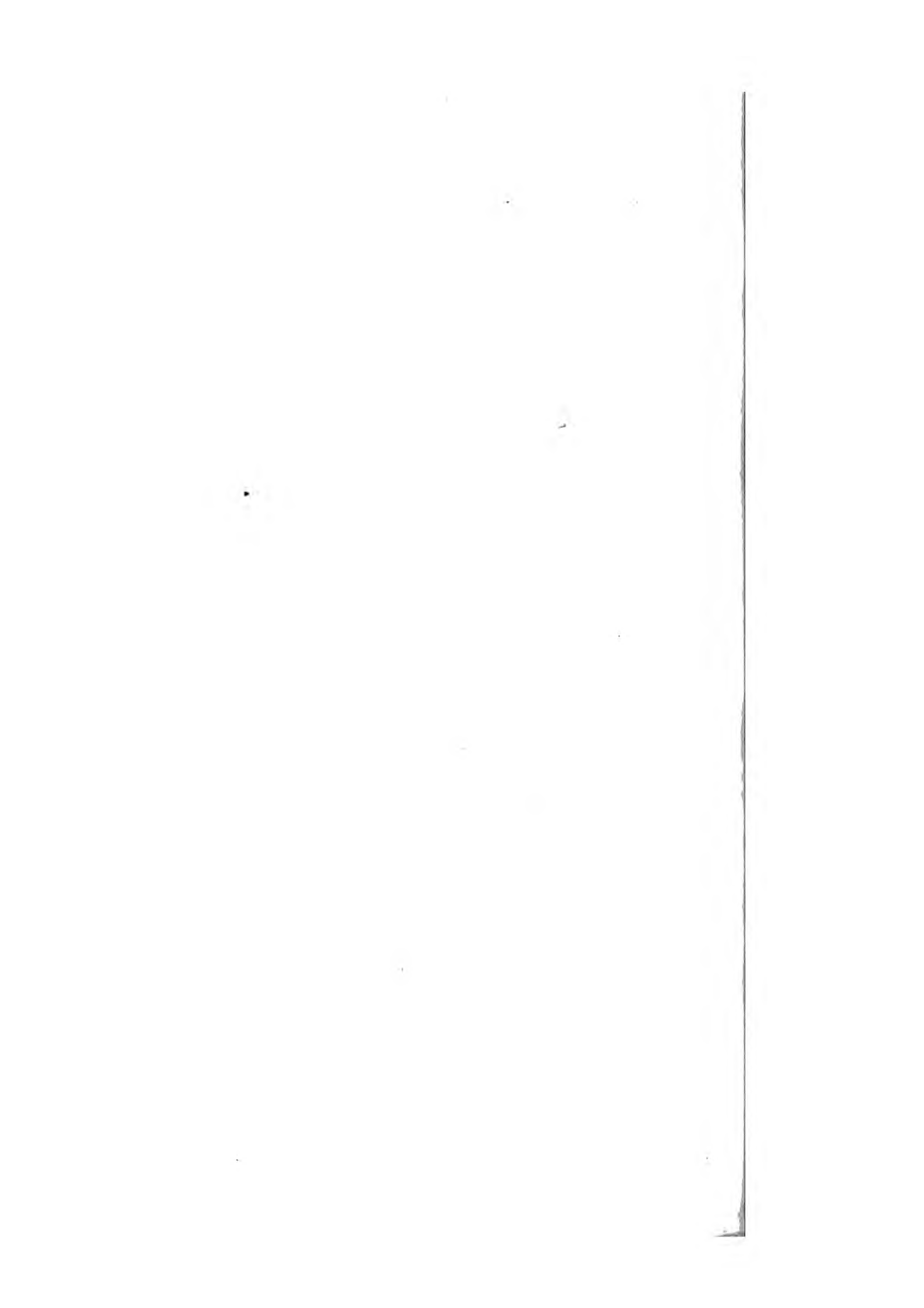
—Nada, Fructuoso...

—¡Grandísima marranal... Fíese usted de las hembras...

Mientras Carlos se acomodaba en un departamento solitario y cerraba tras sí la portezuela, el jefe sonó un silbato lastimero y el tren arrancó con pausa muy estática. Era un tren casi desierto en que no solía venir nadie. Evacuados por la mañana en Ablanedo los asuntos notariales y judiciales los aldeanos pleitistas que formaban el gran contingente de viajeros de esta línea, regresaban en el plácido tren de la tarde. Así el tren de las ocho y cuarenta no llevaba sino raros viajeros de comercio que se detenían en la Pola de Allendi y algún que otro cura de aldea que iba á ventilar asuntos en la Fiscalía eclesiástica.

La compañía, previsora ya, solo añadía dos unidades de departamentos para viajeros á la innumerable reata de vagones de mercancías que llevaba aquel tren. Aquella noche cuando montó Carlos, solo iban en un próximo coche de tercera dos hermanas de la Caridad y la pareja de la Guardia civil que estaba de servicio por la línea. Carlos se tumbó á dormir sobre los relativamente blandos asientos de segunda clase; y se

quedó dormitando nada más... En su cabeza flotaban como en un turbio mar, trozos del diálogo sostenido con Luz, chasquidos de besos suaves, rumor del viento en los árboles del camino, y traqueteo de rodajes ferroviarios...





VII

Carlos Contreras iba hacia la oficina. La Delegación de Hacienda está situada en el destartalado Convento de San Benito, edificio inmenso, con salones vastos y cavernosos, cuyo tillado se había agrietado por efecto de la humedad y de los años. Las lluvias continuas habían lamido la fachada del vetusto caserón, que nunca se revocaba por incuria de la Diputación provincial. En aquel palacio hoy láico, cuyos corredores aún evocaban sombras de monjes austeros, se agrupaban todas las oficinas del Estado: el Gobierno civil, la Inspección de Policía, la Delegación de Hacienda y la Diputación Provincial con sus múltiples dependencias: —Junta de Inspección pública, Comisión

de Pósitos, etc. Todo el tropel de zánganos que chupaban del Presupuesto y vivían una existencia vegetativa en la melancólica ciudad de Ablanedo, se apilaba en aquella colmena medio derruida. El Arquitecto Provincial había dado la voz de alarma repetidas veces respecto á la posibilidad de un derrumbamiento; pero aquellos respetables funcionarios eran unos perfectos estóicos en este punto. Aunque en su mansión conyugal no pudiesen soportar á sus respectivas señoras, en su vida pública callaban y sufrían... para ir cobrando. Parodiando sin querer la célebre máxima de los jurisconsultos *fiat justitia et pereat mundus*; ellos se decían: «¡Cóbrese la nómina... y húndase San Benito!...» Tenían la firme persuasión de que no les había de coger debajo; y no sabemos por qué revelación sobrenatural, estaban convencidos de que, si alguna vez se desmoronaba aquello, había de ser cuando no pudiera aplastarles; al crepusculo vespertino, mientras ellos jugaban al dominó en los cafés oscuros... Confortados con tan saludable optimismo, dejaban hacer, dejaban pasar.

El departamento de San Benito destinado á las oficinas de la Diputación era la parte

más monástica del edificio. Un largo corredor conservaba todavía vestigios de claustro conventual. En las paredes quedaban rastros de alegorías místicas, trozos de esculturas religiosas, huecos donde antaño colgaron estatuas coloridas con la vida y milagros del fundador de la orden. Se adivinaban ventanas tapiadas de antiguas celdas. El pórtico de la antigua capilla ofrecía aún pedazos arqueológicos de mérito... La Comisión de Monumentos provinciales, que estaba allí mismo instalada, no hacía caso de tales antigüallas, sus miembros pasaban por debajo fumando vegueros caros y disertando sobre la administración del Municipio de Ablanedo...

Aquella parte del palacio era la más galana y señorial. Seis balcones de herraje desgastado por las lluvias, unas vidrieras opacas dejaban paso á una luz exigua que alumbraba las oficinas y tras de ellas se veía un jardín abandonado con dos fuentes secas, veredas cubiertas de broza y macizos polvorientos de evónimus... Tras el jardín se erguía, gris, la cerca del Convento de Santa Clara, tras de la cual asomaba el campanario alegre, con sus campanas chiquiti-

nas como novicias muertas antes de la mayor edad...

En aquel corredor mal alumbrado y de tillado irregular, se encontró aquella mañana Carlos Contreras con el digno Don Severiano Fanjul, que entraba á su oficina, Secretaría de la Junta de Instrucción Pública instalada allí.

—Buenos días, pollo ¿qué tal sigue usted? ¿Hay novedades desde que no nos vemos? ¿Y nuestro amigo Don Ramón se conserva tan guapetón?...

Carlos, un poco turbado, contestó:

—Muy bien, señor. Don Ramón me da muchas expresiones para usted cuando lo vea...

Se sentía abochornado en presencia de aquel señor tan grave, tan serio, tan estirado, é ignorante de las relaciones con su hija.

—Vaya, pollo, añadió Don Severiano despidiéndose, con la prisa del funcionario puntual... Conservarse bueno y saludos á Don Ramón...

Y se retiró por el corredor, alto, digno, severo... Don Severiano era hombre de aventajada estatura y noble semblante,

barba plateada y abundosa y ojos sagaces de jurisconsulto. Se adivinaba á la primera ojeada que aquel señor había nacido para mandar ó dirigir algo. Era de esos varones del antiguo régimen cuya sola presencia infunde respeto. Su pecho erguido parecía necesitar de un aditamento natural é indispensable; alguna modesta condecoración, de estas que se dan á los funcionarios con buena hoja de servicios: el Collar de Carlos III ó la Cruz de Isabel la Católica...

Al retirarse Don Severiano, Carlos sintió una angustia dentro del pecho y un gusano roedor le atenazó la conciencia. Pensó si no era un crimen mantener amores con una hija de tan digno señor á espaldas de éste; y pensó sobre todo en la posibilidad remota de abandonar algún día á Luz. Pero ¿podría él, jovenzuelo de la hornada actual, frívolo y sin acometividad, ultrajar y escarnecer las barbas apostólicas y la frente noble de Don Severiano?... ¡Dios mío! qué hubiera dicho aquel digno señor al enterarse de unas relaciones sostenidas clandestinamente, sin anuencia suya, y cortadas luego de un modo brusco y poco caballeresco?... ¡Qué fulminantes reprensiones no dirigiría á la

niñal... ¡Y quien sabe si su recia mano, acostumbrada á firmar comunicaciones, no cruzaría el rostro del malandrín!

Impresionado por aquella entrevista hizo firme resolución de formalizar las relaciones en breve plazo y sobre todo, de mantenerlas dentro de los más estrictos límites de la prudencia, del respeto y de la caballerosidad!... ¿Cómo podrían ocurrirse otras ideas al encontrarse ante la arcáica y presante figura de Don Severiano Fanjul?

Desde el balcón corrido que corresponde al salón de sesiones, Carlos estuvo contemplando el panorama. El salón estaba abierto, en la frescura de la limpieza reciente; con su rica alfombra granate, su severo empapelado oscuro y la dignidad de sus retratos al óleo. Desde el balcón, el palacio de San Benito aparecía más rígido y más negro, detonando en la claridad del ambiente matinal. Un sol estival aureolaba el jardín mustio, con sus avenidas cubiertas de maleza, con sus arbustos secos, con sus polvorientos evónimus... Detrás, el campanario de las Claras aparecía más nítido, más luminoso, clavando agudamente su nota blanca en el profundo azul del cielo...

Cuando Carlos entró en la oficina, un clamoreo confuso de risitas burlonas le desconcertó. Era un saludo inusitado en sus compañeros, tan serios comunmente, tan compenetrados de su papel de funcionarios públicos. Hasta el adusto don Matías Hidalgo, siempre de gafas ahumadas para aparecer más tieso é imponente, con su alta estatura y su calvicie horrenda, se reía destempladamente, abriendo la boca cavernosa...

—Buenos días, señores... ¿Qué ocurre? preguntó Carlos un poco mohino.

--¿Con que amoríos tenemos, señor madrileño? preguntó el atildado Luisito Hevia.

—Estos forasteros son temibles.—Causan estragos en las capitales de segundo orden... No se puede vivir á la par de ellos, balbuceó el gordo y plácido Don Elías Mateo.

—Yo voy á encerrar á mis niñas bajo llave, añadió el acedo Don Pedro Granda que tenía tres hijas casaderas, pero incasables, por su físico generalmente conocidas en la ciudad con el chusco nombre de *las tres Desgraciadas...*

Y hasta el atrabiliario Don Matías murmuró afirmándose las gafas en la acaballa-

da nariz para dar mayor realze á su perorata:

—Nuestro amigo el señor Contreras no es lerdo... Ha escogido una señorita de las más dignas, mejor educadas y más opulentas de la capital... Su gusto artístico resplandece en todos sus actos.

Satisfecho por aquellas incensadoras loanzas, Contreras daba las gracias aturullado:

—Gracias, Don Matías... Pero, señores, no es para tanto...

--¿Cómo no, señor pretencioso? replicó con su viveza ratonil el simpático Luisito Hevía. ¿Tú crees que partidos de esos se encuentran todos los días?... Una muchacha guapita, elegante, que se trata con lo mejorcito de Ablanado, y que tiene su capitalito muy saneado.

—No exageres, Luis, contestó Carlos. No abultes las cosas. La casa donde viven, la finca de *La Tenderina* y paren ustedes de contar...

—¡El señor Contreras anda errado! rectificó rotundo, enarbolando en lo alto el descarnado puño, Don Matías... Don Severiano Fanjul figura como uno de los primeros contribuyentes de la capital... Eso no tiene

derecho á ignorarlo un empleado de Hacienda...

--El mozo tampoco es costal de paja, insinuó Don Elías que había permanecido silencioso.

—Señores, ustedes me ruborizan; va á ser menester que tienda sobre mi faz el velo del pudor...

Y las chuscadas se disolvieron en una deliciosa gritería general, cortada por risas, en la cual se oían con precisión fechas fijadas para la boda, proyectos de banquetes para despedida de la vida celibataria y otros delirios gastronómicos.

Aquella tarde cuando tomó el tren para Bendición, Carlos Contreras iba un poco preocupado. No por las bromas de la oficina, que poco le importaban aquellas dulces gansadas de sus compañeros, sino porque se iba dando cuenta de la vida de relación en provincias, tan distinta de la de Madrid. Se compenetraba con el ambiente provincial.

Mientras el tren recorría la verde llanada que se extiende desde la estación de Ablanedo, Carlos iba forjando en su mente la gestación de aquel rumor de sus relaciones

hecho público. Naturalmente, la noticia la soltó evulsivamente, con un esfuerzo, el tarde y poco comunicativo empleado del Gobierno civil, novio de Carmen Acevedo. Seguramente al día siguiente de la romería de Bendición, insinuó sus sospechas en su oficina. La noticia recorrió todas las dependencias del caserón de San Benito, donde centenares de bocas ávidas la recogieron, deseosas de lanzarla aumentada y corregida ya. Luego saltó á los cafés ruidosos donde se juega al dominó; se comentó entre donaires y gracejos y corrió hasta el Paseo, donde una multitud de muchachas solteras la escucharon con delectación las mas y con resquemor las otras... Los envidiosos, los que sentían antipatía por Contreras y las muchachas que se juzgaron postergadas, la comentarían entre sarcasmos. Los buenos amigos la recibirían con fruición. De todos modos, la noticia era ya sabida en la ciudad y de aquí dimanaba un convenio tácito, una especie de confederación subterránea tramada entre todos para sostener la permanencia y buena armonía de esas relaciones amorosas. Las muchachas á quienes se dirigiese en lo sucesivo, si le daba la

tarantela, como allí se dice, le mandarían con viento fresco, relamiéndose por dentro de satisfacción al sentirse agasajadas por aquel muchacho, y le dirían con una cortesía reticente: «Eso, dígaselo usted á Luz»...

Los muchachos jóvenes le darían, sin que él las pidiese, noticias de su novia y de todos sus deudos y allegados. En el paseo, un amigo que le tropezase, le indicaría: «Hoy he visto á tu novia por la mañana. Iba á misa á las Claras»... Otro añadiría: «Ayer saludé á tu futuro suegro. Me dijo que venía á una sesión de la Junta y que la familia quedaba en Bendición»..... Y así sucesivamente, todo el elemento joven de la ciudad parecería tan enormemente interesado en la contienda como ellos mismos.

Carlos Contreras, sintió toda la enorme solidaridad moral que liga á los habitantes de las pequeñas poblaciones. En los grandes centros, la vida de cada cual está más desligada y rota de la vida de los demás. En provincias, hay un aherrojamiento mútuo, impuesto por la tradición y por el ambiente.

El ambiente de provincia nos liga tanto á una mujer como la mujer misma.

Tumbado sobre el incómodo respaldo del wagón, pensaba todo esto y se decía á sí mismo: ¿De modo, que no es posible que yo renuncie á esa mujer? ¿Estoy ligado definitivamente á ella? Si yo cualquier día me cansara, ¿toda la ciudad se alzaría en gritos contra mí y no podría yo resistir las protestas, insultos y desdenes que se me vendrían encima por parte de amigos, amigas y consanguíneos?... ¡Caramba, es más grave de lo que parece un enamoramiento en provincial... Aquí no se da esa forma frívola y ligera del amor que se designa con el eufemismo de *pasar el rato*.

En tanto, miraba á lo lejos por la ventanilla abierta los suaves otéros de Allandi, que ya comenzaban á esbozarse en el horizonte, la vega florida de Bendición y la línea férrea apareciendo y escondiéndose á trechos, con coquetería de Galatea. La columna de humo del tren se desvanecía plácidamente en el aire, en la calma suprema del ambiente cálido y sereno.

Al llegar á Bendición y apearse él solo,

el jefe le miró sorprendido, reconociéndolo.

—Buenos días, señorito, murmuró amablemente... Y luego para sus adentros:— ¿Que traerá por acá este gavilán?...



VIII

Era una tarde clara, en que los álamos esbeltos tenían su relieve fino de princesas de ensueño... El sol ya un poco cansado de principios de Agosto envolvía todo el paisaje en una refulgencia suave. Los contornos no se acentuaban marcados y duros como en los días caniculares. Se borraba la larga Alameda de Miraflores, paralela á la vía férrea, en una imprecisión encantadora y nostálgica. Las redondas colinas de Albandi, doradas por el sol tenían tonalidades de carnación femínea... Aquí y allá destacaban caseríos apiñados ó solariegos palacios, solos y altivos, como hidalgos venidos á ménos;—el Palacio de los Manzanedo, amarillento y musgoso, con anchas ven-

tan aspilleras; la quinta de Fontenelle, risueña y moderna, con su pintura azul, sus balcones sin saliente, su blanco palomar y su jardín alegre con una verja floreada; el caserón de los Hevia, medio derruido, con ventanas sin cristales y el maderamen resquebrajado, con un escudo borroso, con sus vastos predios incamerados;—y, en último término, la festiva y clara finca de *La Tenderina* pequeña y menuda como un *bibelot* riente y blanca toda, como una Venus sorprendida en su desnudez al surgir de un mar de esmeralda...

El tren avanzaba entre dos hileras de nogales que rumoreaban sobre las ventanillas de los departamentos. Algunos viajeros divertidos que ocupaban los coches de tercera, solían dedicarse á la animal operación de ramonear, cortando ramajes, rabudos que agitaban luego en el aire, ó con las cuales azotaban la faz de los compañeros que asomaban á su ventanilla próxima, si eran de confianza...

Carlos iba camino de Bendición. Ya se había habituado al diario viaje de ida y vuelta, que al principio le resultaba delicioso porque iba henchido de la emoción que dan

los primeros días de un nuevo amor. Ahora ya le cansaba un poco. Luz era una niña muy buena, muy dócil, demasiado buena, y demasiado dócil. Se sometía á todo lo que Carlos quisiese hacer de ella; era un juguete de la voluntad del novio. A su caracter ingenuamente dulzón, de niña mimosa que se entrega sin resistir, de niña para quien el amor es principalmente obediencia, se añadía el encanto de la novedad. Era el primer novio y el primer amor; y había prendido en el alma con raigambre poco evulsible. Todo lo que él pensaba le parecía bien pensado; y todo lo que le decía le parecía bien dicho...

Esa excesiva obediencia, esa excesiva sumisión incondicional halaga el amor propio y fomenta el engreimiento de un hombre, pero acaba por fatigarle. El amor está compuesto de contrariedades y disgustos y la vida del enamorado debe ser una lucha continua, sino contienda exterior, al menos pelea íntima. Donde no, el amor está ausente. Mujeres como Luz, difícilmente podrán hacerse amar. A lo sumo se siente hacia ellas gratitud ó compasión, todo lo más cariño, que es la expresión más rudimentaria de la

pasión. Pero no pueden inspirar una pasión violenta, una de esas pasiones que deciden de una vida y que impulsan al crimen ó á la regeneración de un individuo...

Carlos se dedicó á escogitar medios con que poner en tensión su espíritu caído y glacial. No sabía qué hacer ni qué discurrir para encender una chispa de esa hoguera que abrasa al mundo... No había manera de avivar ese sacro fuego si se esperaba que le avivase ella. Se dejaba querer, quería sin duda, puesto que dependía toda de la voluntad del amado, pero no ponía en práctica ninguno de esos medios de defensa que la chiquilla más inexperta conoce.

En la recogida penumbra de aquella ventana sombreada por el nogal frondoso, en la calma de aquellas interminables tardes de julio, doradas y lentas, como si la Creación entera se hallase en éxtasis ante sí misma, los dos novios se habían dejado llevar á familiaridades inesperadas por parte del mismo Carlos. Propicio era el ambiente; la calma de la aldea, el silencio bucólico, y, cuando ya el sol iba de retirada, la maravillosa policromía de los celajes del Poniente, donde predominaban el dorado y el ama-

rillo eclesiásticos, fingiendo en el horizonte un retablo de oro, obra de algún artífice soberano; y luego... ya próxima la noche, la penumbra incitante de la calleja desierta, las esquilas de las vacas sonando á lo lejos y alguna tonada regional temblando en el oro de la tarde y llenando de melancolía á las almas sensibles...

... Camino de Castilla
ya no va nadie
ya no va nadieeee...
sino nieve y arena
que lleva el aire...
que lleva el aireeee...

Y la primitiva y simple melodía rasgaba el aire puro donde palpitaban todos los temblores de la tierra, semejante á una novia que se acerca al tálamo. O bien eran los sonos de alguna canción más penetrante, más sugestiva, porque cantaba penalidades de amor rústico:

Quitáronme la neña,
la cabezada....

El ambiente alentaba á la intimidad; y la dócil naturaleza de Luz no ponía trabas á ella. Hubo en los primeros días las resistencias naturales de gusto, de educación y de enseñanza, hábilmente vencidas por el galán. Cuando éste ya se iba fatigando de livianas caricias y besuqueos,—obtenidos á costa de un viaje diario de seis cuartos de hora,—imaginó un recurso que daría durante varias tardes motivo de conversación.

Le propuso la fuga. Una fuga absurda, disparatada, irrazonable. Hay que hacer á Carlos la justicia de suponer que solo veía en este plan un manantial inagotable de charla que en otras cosas no encontraba y á lo sumo, una manera de aquilatar hasta donde llegaba la ductilidad de espíritu de Luz y si su obediencia era una abulia que reclamaba medicación inmediata.

Tuvo astucia para deslizar la idea, empedrada entre los lugares comunes de una conversación de enamorados. Hablaban de lo bonita que estaba la calleja de las Veyures,—la que da aceras al Palacio de Manzanedo,—sobre todo, al caer la tarde, cuando se oscurecían más los nogales verdinegros y los bardales cuajados de moras; y de pron-

to, Carlos lanzó al azar y como indiferente, esta frase:

—¡Qué bonito sería escaparse en tu faetón por esa calleja, á estas horas! ¿Verdad Luz?...

—No digas disparates, Carlos, por Dios...

El se limitó á sonreír y no insistió; pasaron á otro tema.

Al día siguiente, sacó Luz á relucir el mismo asunto, sin duda involuntariamente. Comenzaron á hablar de amores contrariados, pensando en que alguna vez se pudiera oponer á los suyos la familia de Luz; y ésta citó el caso de María Montesión y Donato Valdés, que, despues de seis años de sostener una lucha á muerte con las familias de ambos porque él era un solemne haragán siempre tumbado en los divanes del Casino, cuando no rondaba la calle de San Francisco, donde vivía su amada, acabaron fugándose á Francia...

—¡Fíjate, nada menos que á Francial decía Luz aterrada y al mismo tiempo, imbuida de una irreprimible simpatía por aquella rubia enérgica que todo lo arrastró por su novio... Yo no sería capaz de una cosa así...

—¿Por qué no, monina?... Pues á mi me

parece admirable esa María Montesión sin conocerla...

—Más vale que no la conocieras, pues te hubiera gustado... Es tu tipo... Más rubia que yo, mucho más guapa, por supuesto, alta, bien plantada, con un cuerpo divino, y con unos ojos verdes preciosos que se llevaban las miradas de todos los muchachos de Ablanedo.

—Y él ¿qué era?

—Pues nada... Había empezado la carrera de Derecho y no la había llegado á terminar... No se había molestado en buscar empleo porque era un holgazán de tomo y lomo... Muy elegante, eso sí, y de una figura muy simpática... Moreno, con un gran bigote negro...

—Como á tí te gustan ¿eh?...

—Vaya, tontín, ya sabes que á mí gustan otros... Pues Donato vivía á costa de una tía suya que tenía algún dinero Doña Erun-dina Valdés. ¿Sabes la casa?... Allí en la calle de Platerías, cerca de la Catedral...

—¿Y porqué se fugaron?

—Toma, porque las familias se oponían y con razón á las relaciones... La tía decía que su sobrino era un agota calles y el pa-

dre de María decía que cuando la tía hablaba así...

—Las familias nunca tienen razón en contra de los novios, Luz.

—¡Qué gracioso!...

—Ni más ni menos. Hicieron bien en fugarse y ella demostró ser una mujer de arranques... Solo por eso me es muy simpática, aunque fuese más fea que Picio... Así debían hacer todas...

—¡Qué bien, chico!... Vaya unas doctrinas que me gastas...

—Las doctrinas de toda persona que tenga sentido común...

—Sí; modernismos, novedades... Papá dice que en su tiempo los novios se respetaban mucho y hasta muy poco antes de la boda no se trataban de tú.

—Si quieres, volvemos atrás... Yo te trataré de Excelencia y tú á mi de Ilustrísimo. Lo cual no creo que sea obstáculo para dar un paseo por ahí solitos una de estas noches... Así tratándonos con ceremonia, se creerían que somos el Sr. Obispo y el Lectoral, que andan por aquí cerca de visita pastoral estos días, y que se han extraviado por la calleja...

—¡Vaya unas bromitas! replicó Luz, queriendo mostrarse enfadada y en realidad, sofocando la risa que cantaba en su pecho á borbotones...

Hubo un silencio repentino. Cantaba un pardal en la copa de un árbol. Su canto tenía un son triste de despedida, como un adios al verano que huía. Corrían ya las últimas tardes de Agosto y oscurecía bastante más temprano que en los primeros días en que Carlos iba á Bendición. Aquella tarde había anochecido ya y la oscuridad silenciosa, solo cortada por el cricrí de los grillos en el prado y por el brillo fosforescente de las luciérnagas en los bardales, era propicia á la confianza y á la intimidad.

—¿Qué te parece?, Luz, (dijo Carlos cortando el silencio), si yo te dijera que mañana debías dar un paseo conmigo por estos alrededores al oscurecer?...

--¿Qué me iba á parecer?... Contestó la rubia algo inmutada. ¡Que piensas cada tontería!...

—Gracias por el piropo...

—Pero ¿á quién se le ocurre, hijo?

—A uno que te quiere mucho, como yo...

—Ya se ve cómo me quieres... Sabes que

yo tendría un disgusto grave y me propones disparates dé esos...

—Serán disparates para tí que eres incapaz de apasionarte por nada ni por nadie.

—Ya se ve que no... Y al decir esto le miró á los ojos con mucha ternura. Carlos se quedó silencioso, arisco, reconcentrado, porque sabía que era una actitud muy interesante y que conmovía á Luz enseguida. A los pocos segundos de verle así la niña le interpeló cariñosamente:

—¿Te enfadaste, tontín?... Mira el niño mimoso...

—Nada de eso, contestó Carlos displicente. Si te parece que no es para enfadarse ver que no haces caso de nada de lo que te digo y que todo lo que yo pienso te parecen disparates ó tonterías...

—Si no es eso, muchacho... ¡Qué susceptible eres!... No se te puede decir nada... Pero ¿no comprendes tú mismo que eso no conduce á nada?...

—Ya se sabe porque conmigo no se va á ninguna parte, dirás tú... El camino conduce á la próxima estación de Pingones... Y por esa estación se va á la de Norniella, que yo llamo París—Lyón—Mediterráneo,

por el cruce de líneas y el tráfico de viajeros que hay... Y claro, de París se va á Niza, á San Petersburgo, á Sebastopol, al mundo entero...

—Bueno, todo eso es música, insinuó Luz un poco violenta... ¿Qué pretendes con proponerme ese paseo á la luz de las estrellas?

—Pues nada; que charlemos un rato con toda libertad y que te tenga yo á mi lado..

—A tu lado estoy y bien cerca, replicó Luz aproximándose aún más, con el busto doblado sobre la ventana.

—No importa; pero yo quiero que paseemos solitos un rato...

—No puede ser, no pueder ser, contestó Luz...

En su tono de voz, se adivinaba ya el temblor de la indecisión y de las almas frágiles como flores de un día..

—Si fuese más temprano, á las cinco, dijo después para atenuar su negativa.

—Pero, tontina, á esa hora es cuando nos podíamos encontrar alguien conocido.

—Es verdad... tienes razón... murmuraba Luz inclinándose como una flor doblada en su tallo.

Carlos le apretó la mano fina. Las man-

gas volantes dejaban entrever el comienzo del brazo rosado y mórbido. Cosquilleó Carlos aquel brazo que se ofrecía tentador, suave...

—No seas bruto, chico, que me haces cosquillas...

—Miren la nena mimosita... Como la gusta que la acaricien... Bueno, y mañana, un paseín por la caleya, como decís aquí...

—Que no, que no...

—Que sí, que sí, digo yo...

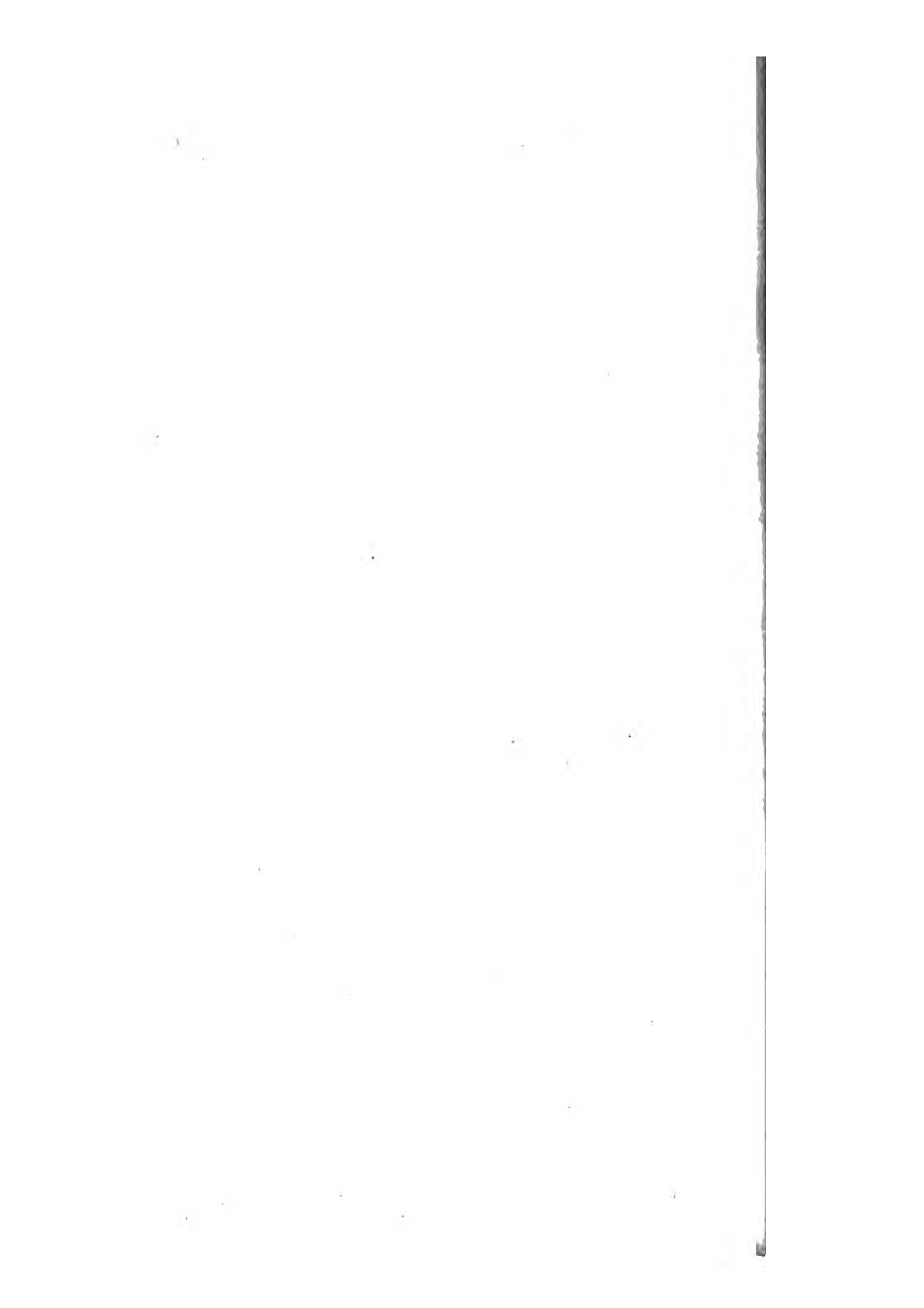
—Ya veremos quién vence...

—Ya veremos...

—Hasta mañana, Carlitos... Oigo á mamá llamándome, que no sabe donde estoy... Que pienses mucho en mí...

—Hasta mañana, cielín...

—Hasta mañana embustero.





IX

Aquella tarde fué para Luz la más solemne tarde de su vida. Había pasado mal la noche anterior, con un insomnio incómodo y cosquilleante, de esos insomnios mezclados de sueños breves y febriles, en que se cambia de postura á cada momento, buscando un frescor imaginario... Su cerebro daba vueltas en torno del mismo pensamiento; la proposición de Carlos. Contrariarle le disgustaba á ella misma, porque no era mujer capaz de hacer que nadie sufriese por ella..... Complacerle era peligroso, no tanto porque no tuviera ella confianza en sí misma, sino porque no estaba muy segura de que no los encontrasen por la calleja en sombra.

A esa hora solían andar de paseo campes-

tre su hermana y las amigas que, enteradas de las relaciones casi tan al por menor como ella misma, la dejaban en tan amplia libertad como los novios desear pudieran... Solo á ratos la importuna de Lola Suárez, un poco impulsada también por el calorcillo antiguo hacia Carlos aún depositado en el pecho y que á veces revivía con anhelos de ver al amado, solía venir á la habitación de Luz, preguntándole de parte de Pilar dónde guardaba el lazo de color rosa ó si se había perdido la cadenilla de oro...

Cuando Carlos llegó, un poco fatigado y con el gabán de entretiempo al brazo, porque corria un aire fresco bastante desagradable, ya Luz se había impacientado á la ventana. Nunca como aquel día había sentido la emoción de la espera.

Estaba casi sola en la casa. Doña Saturnina había llevado el crochet y la aguja dispuesta á pasar la tarde en la terraza del jardín de los Señores Fontenelle, donde la asmática Doña Valeriana se distraía haciendo malla. Don Severiano había marchado por la mañana á Ablanedo; y como viernes, día de Junta, se había visto precisado á permanecer allí toda la tarde, y, no pudiendo co-

ger el tren de las dos y media, único en días ordinarios, no volvería hasta la mañana siguiente. Las tres amigas convidadas habían salido con Pilar encaminándose hacia el frondoso valle de Santa Marina.

Solo quedaba para cuidar de Luz, la vieja Ramona, que canturreaba á media voz, fre-gando platos...

Caramba, neña del alma,
¡qué buena moza te has fecho!...

Carlos llegó á las tres y media. El cielo estaba anubarrado, cubierto de un toldo blanquecino, la atmósfera era pesada y bo-chornosa. Hacía un calor pegajoso, de fines de estío...

—Buenas tardes, Luz, murmuró Carlos.

—Buenas tardes, Carlos.

—¿Qué novedades hay por aquí?

—Tú sabras que vienes de la ciudad... Aquí en esta aldeuca nada ocurre.

—Pues en Ablanedo, ménos... Digo nada de particular. Ahora para mí y para tí de interesante... pues que he visto á tu papá cuando venía yo hacia la Estación... Salía él de la Diputación. Iba del brazo con el Go-

bernador. Tomaron el camino del Café Español. Me chocó mucho que fueran tan juntos y tan afables, sonriendo y muy efusivos, porque tu papá no creo que comulgue en las ideas liberales de nuestro Poncio.

—No, de sobra sobes tú que mi papá es carlista furibundo. Fué durante algún tiempo jefe del grupo regional carlista. Después dejó el cargo porque le robaba tiempo para el cumplimiento de su deber... En casa estamos suscritos á *El Correo Español* hace muchos años...

—Pues tu no te pareces á las hijas del R..., que se fugan todas con sus novios...

—¿Volvemos á lo de ayer?

—Por todas partes se va á Roma... Y hasta por la calleja de Manzanedo se puede llegar á la Iglesia de San Francisco, que es tu parroquia...

—Ya sabes que no me gusta que eches la conversación por ese camino, dijo Luz un poco incomodada... Tu vas siempre á lo tuyo...

—No, si ya lo sé que no te gusta ese camino... Se conoce que te dan miedo los nogales... Y total, no hacen más que agitarse

con el aire... No comen á nadie... Ya sabes el refrán: «Mucho ruido y pocas nueces»...

—Vienes gracioso hoy...

—Si es guasita, no la tolero... En justas represalias...

—Ya sabes que yo contigo hablo siempre de veras... Como si te emperraras mucho en que diéramos un paseo, pues ó me enfadaba contigo y no te hacía caso ó echaba á andar sin decir una palabra...

—Pues no digas ninguna más y anda, sal... Ahora no hay nadie en tu casa ¿verdad?...

—Ramona está arriba...

—Vamos, no seas tonta. Mejor sabes tú que yo que Ramona está sorda como la tapia de la huerta... Además, para colmo de dichas, ahora está canturreando...

—Bueno, para cumplirte el gusto y para que veas si soy obediente y si te quiero...

Se detuvo un poco conmovida porque las lágrimas la cortaban la voz. Carlos que lo notó, sintió una ternura nueva por aquella chiquilla tan bonita, tan dócil, que se le ofrecía toda... Sin poderlo remediar, arrancó un sollozo y con la voz trémula, estrechándola contra su pecho, le dijo:

—Así te quiero ver, reina... Yo no te quie-

ro ménos que tú á mí... Calla, mi vida, calla...

La niña se deshacía en lágrimas que á la vez eran de goce y de turbación.

—Oye, Carlos, dijo Luz cuando se hubo repuesto un poco... Salgo contigo sola porque creo que eres bueno y que me quieres... Y por lo mismo no te portarás mal conmigo... Si no fuese por esa consideración, ya sabes que ni mi familia ni mi educación me consiente esto.

—Calla, bobina, si yo te quiero bien y te respeto como á una hermana...

—Bueno, vámonos enseguida, porque yo á las cinco tengo que volver... Mamá vendrá á eso de las seis, cuando ya va oscureciendo, y mi hermana con sus amigas, también á esa hora irán acercándose por aquí...

Entró en la alcoba, para mirarse al espejo del tocador y atusarse un poco. Se alisó el pelo, se lavó las manos, se pasó la toalla por los llorosos ojos, y ya, fresca, compuesta, guapa, salió por la puerta trasera. Traspusieron la verja cuidando de cerrar la despacio para que no gimiese y echaron á andar por la senda abierta en el prado. Embocaron después la sombría calleja de

Manzanedo, para no salir al cruce de las carreteras, sobre el cual se yergue la terraza de los de Fontenelle, donde el corpachón de Doña Saturnina se abatía plácido sobre una mecedora...

Anduvieron largo tiempo por la calleja oscura, silenciosos. Luz abochornada de sí misma por la audacia que había tenido. Carlos cavilando cómo dirigiría las cosas para no precipitarse y salir mal parado. Nada turbaba el silencio de la tarde. Cantaban los gorriones escondidos entre los profusos ramajes; su jorgeo sonaba hondo y cálido; como brotando del fondo de una selva encantada. El tren silbó á lo lejos...

—Es el mercancías-carreta, como lo llaman en Ablanedo, musitó Carlos por decir algo...

Se habían internado en lo más angosto de la calleja. La estrechez del lugar y el miedo á los artos punzantes que sobresalían de los bardales no permitían el tránsito de dos personas juntas. Luz echó á andar delante y Carlos la seguía, un poco triste. De pronto la niña cantó con voz sonora y alegre de quien ha recibido una grata sorpresa:

—¡Mira!... ¡Ya hay moras maduras!...

¡Tanto como me gustan á mí!... Me acuerdo que tuve una indigestión de ellas cuando era pequeña...

El eco repitió:

—Inaaaaa...

En la angostura de la calleja, la voz sonaba más cálida y más temblorosa. El eco lo alargaba en ondas acariciadoras; como una mano se desliza insensiblemente sobre un terciopelo...

Comenzó á arrancar moras de los bardales. Costaba trabajo arrancar algunas, incrustadas como estaban en un ramaje de ortigas verdes y punzantes con los bordes secos... Otras estaban muy altas para la estatura de Luz. Entonces, cuando sentía la tentación de coger alguna, grande, negra y rezumante que se bamboleaba en el vértice del bardal, decía á Carlos:

—Cógela tú, que eres mejor mozo...

Estaba gentil y lozana aquella tarde, como una pastora de ópera. La alegría del campo y el rubor de verse sola con su novio, que al principio la habían turbado, daban ahora animación á su semblante, brillo á sus ojos y agilidad á sus movimientos. Sin la coquetería remilgada de la mujer que no

sabe si agradará é intenta agradar, sino con la sana satisfacción de la mujer que sabe que es amada, se sentía feliz; y esta felicidad se traslucía á su semblante. «No cabe duda--se decía Carlos;--las muchachas se ponen más bonitas cuando están enamoradas. Por eso el enamorarlas es un deber de galantería hacia ellas»...

Cogió una mora muy gruesa que le había pedido Luz y se le ocurrió una idea picaresca.

—No te la doy sino partes tú la mitad con la boca y me das la otra mitad...

—No quiero... Eso no se hace...

—Bueno; pues no la doy...

Ella insistía; se sentía llorosa; ponía hociquito...

—¿Vas á hacer pucheritos?

—Anda, dámela, tonto.

—No... Pues haz eso.

Prometió que sí y lo engañó, riéndose del engaño. Se la comió entera, mirándole.

—Anda, rabía...

—Pues no te cojo más...

—Como quieras...

A los pocos pasos cogió ella una, y espon-

táneamente, la partió por la mitad y se la ofreció...

Luego que se cargaron de moras y se hartaron de comer y dejar, presagiando Carlos una indigestión para la mañana siguiente, Carlos invitó á Luz á que se sentasen un rato debajo de un castaño, sobre la hierba verde que cubría á trechos la coloración mineral del suelo.

—¿Sabes qué estoy pensando? dijo á Luz. Que parecemos maridito y mujer, tan juntos y tan solos... Pronto lo seremos ¿verdad?

—Papá no quiere que yo piense en eso todavía... soy muy joven para casarme...

—Otras más jóvenes que tú se casan... Y sobre todo, que hay que coger la flor de la juventud, que la vejez ya llega antes que la llamemos...

Oportuna, sonó una canción aldeana que les cortó el diálogo. Era la voz menuda y fina de una rapaza que seguramente en un prado próximo *llindaba* las vacas... La tonada tenía un dejo montañés y oloroso:

La flor del romero
se la va llevando...

Aquella tonada de ritmo prolongado y

quejón les dejó un poco melancólicos. Quedaron mirando el paisaje...

El sol ya se ocultaba tras las colinas de Allandi. Claras y distintas sonaron á distancia las campanadas del Angelus. Un suave vaho subía de la tierra amarga. Y en las quebradas, en los oteros, en las callejas, se respiraba una fragancia sagrada.

Se levantaron porque la humedad vespertina comenzaba á dejarse sentir. Echaron nuevamente por la calleja, ya más lóbrega, medrosa, con el rumoreo de las ramas y las sombras agigantadas de los nogales centenarios. Al llegar al atajo que va en dirección de la Tenderina y donde se bifurca la calleja, partiendo de allí el camino vecinal que va á dar en Pinzones, Carlos invitó á Luz á que caminasen por allí unos momentos más...

—Pero si ya es tarde, chico. Ya casi no se ve, murmuró ella.

—Es en esa calleja, que hay sombra hasta de mediodía. Ven por aquí y verás qué despejado.

Salieron á campo raso. Todavía había luz crepuscular, pero ya en el cielo palpitaban las primeras estrellas.

Carlos comenzó á hablar á Luz apasionadamente. La niña se dejaba mecer en la música de aquellas frases cálidas y arrebatadas, dichas con acento balbuceante. Sin saber por qué, pensaba en su infancia y en su adolescencia, como si sintiera que en lo moral se acababa de hacer mujer de repente; un enternecimiento le fundía la más íntima entraña y le inspiraba ansias de llorar... Se acordaba de las misas en Santa Clara, los domingos á las nueve; de las comuniones bimensuales á que asistían las congregantas, las Hijas de María, mientras sonaba el harmonium aflautado...

Insensiblemente se dejaba llevar por el brazo de Carlos á lo largo del camino bien cuidado y sin cunetas. Era como una mano que la arrastrase por una senda resbaladiza... Sentía flojear sus piernas; no hubiera podido levantar un brazo...

Cuando se dió cuenta, estaban frente á la estación de Pinzones. Era una casita algo más elegante y capaz que la de Bendición. Tenía dos pisos y en las ventanas del piso superior había tiestos de claveles. El jefe y otro empleado paseaban por el andén y quedaron mirando á la parejita misteriosa.

—¿A qué hora pasa el primer tren?... preguntó Carlos.

—A las veinticinco... Es descendente, señorito, contestó el más joven...

Carlos miró el reloj y dijo á Luz:

—Faltan doce minutos...

Luz ya no protestaba; no sabía lo que le pasaba desde dos horas antes. Solo tenía el cerebro despejado para recordar los episodios más salientes de su vida, de la cual sentía la impresión punzante de rasgarse en dos... ¡El día en que se vistió de largo, toda de blanco; era en verano; habían regado el Paseo y un aroma consolador subía de la tierra húmeda!... Por la noche fué al teatro con la familia de Carmen Acevedo, que la había convidado á su platea; todos los gemelos de los muchachos se clavaron en ella; fué por una noche el blanco de sus miradas y el tema de sus conversaciones; representaron *La Viejecita* y se divirtió mucho!...

Llegó el tren, silbando, fatídico, negro, en la noche negra, con sus linternas encendidas como pupilas de cíclope agujereando el Infinito... Carlos dijo:

—Voy á sacar billetes...

Sin saber lo que hacía, Luz se dejó arrastrar.

—¡Señoritos, suban enseguida, que el tren apenas tiene parada! gritó el jefe... Ahora les daré los billetes...

Subieron á un coche de primera; y mientras el jefe les alargaba los billetes por la ventanilla, el mozo agitó el cordel de la campana y el tren se alejó silbando, á través de los campos verdes, bajo las estrellas benignas...

Luz cayó sobre el asiento sollozando... Carlos trataba de consolarla.

—Calla, monina, calla... Volvemos enseguida y nadie se enterará de nada...

De sobra sabía Carlos que á las dos horas toda la familia estaría en alarma; y que á la mañana siguiente, de un modo ó de otro por las aldeanas del mercado ó por la pareja de la Guardia Civil, mandada en su persecución, toda la amodorrada y casera ciudad de Ablanedo sabría la historia de la romántica fuga, que causaría tremendo escándalo...

El tren trepidaba, ronco y bestial, como un monstruo mitológico; saltaba puentes, cruzaba vegas, furaba túneles, sin miedo.

Las estrellas titilaban en lo alto; los nubarrones se habían despejado y al rasgarlos la luna lució con su trémula diadema de plata... ¡Noche de luna, noche de amores y de nostalgias, noche romántica como ninguna otra!, pensaba Carlos, clavados los ojos extáticos en el cielo.

Mientras, Luz se retorció en el asiento, con sollozos ahogados...

—¡Ay, madre mía, qué hice, qué hice!...

Y se obstinaba terca, con la terquedad que dan los grandes dolores, en el mismo estribillo monótono.

Afortunadamente estaban solos y nadie podía oírla porque el wagón contiguo era de mercancías.

Llegaron á la estación de Sotiello y Carlos se apeó, cogiendo á Luz del brazo. Todo era silencio imponente en derredor... El jefe sin saludarlos, les echó la luz de la linterna á la cara.—¡Serán recién casados, que vendrán á casa de Doña Basilisa!... Doña Basilisa era la «señora» del pueblo, dueña de casi todo él y Doña por antonomasia...

La campana sonó gemebunda y el tren se alejó en la noche negra; algunos rostros

les atisbaban detrás de las ventanillas cerradas por causa del relente sutil...

Al salir de la estación, después de cruzar una calzada mal empedrada, donde resbalaban los pies, siguieron una vereda que la luna iluminaba; una vereda amarilla y algo polvorienta, abierta entre los maizales, que estaban altos como los ciriales de la parroquia.

Desembocaron en la carretera de Fabricia, villa siderúrgica y marítima, que está á dos leguas de Sotiello. Carlos conocía aquel camino por haber venido de excursión con unos amigos en un claro domingo de junio.. Habían venido de «juerguecita» y habían merendado en un mesón, hacia el cual trataba de orientarse ahora.

Por la carretera, que la luna blanqueaba, envolviéndola en un nimbo de dulzura, caminaban sombras de aldeanos retrasados del mercado de Allandi. Al pasar, creyéndolos gente de la villa, gritaban:—Buenas noches nos dé Dios, señoritos...

Llegaron al mesón, en cuyo piso bajo había una tienda de paños aún abierta, que alumbraban dos exíguos quinqués de petró-

leo. Un señorito de gafas leía *El Imparcial* detrás del mostrador...

Subieron una tortuosa y oscura escalera de caracol, recorrieron un pasillo solitario y entraron en una pieza mal alumbrada, con cuadros por las paredes representando la *Historia de Cristóbal Colón*...

—¡Traigan enseguida un té para la señorita!... gritó Carlos desde el descansillo de la escalera...

Subió una criada gorda y bizca.

—¿Van á cenar los señoritos?

—No. Ya le avisaremos cuando sea de precisión...

Carlos hizo sentarse á Luz en un diván desvencijado que era el único mobiliario decente de la pieza. La consolaba con palabras cariñosas y la comenzó á besar fuertemente... Luz se dejaba abrazar, lánguida, decaída, sin ánimo para resistir... Murmuraba con voz ahogada de sollozos:

--Carlos, Carlos, tú vas á ser mi perdición.

A los tres días, un martes triste y lluvioso, Carlos Contreras, con licencia ilimitada, tomaba el correo de Madrid que pasa por Ablanedo, pretextando una grave enfermedad repentina de su madre...



X

¡Pobre Luz Fanjul!... ¡Qué triste fin tuvo!... ¡Qué mal concluyó el veraneo!... ¡Tan rubia y tan guapa como era!...

Fué un alma del Norte, de estas almas calladas y pacientes; hechas para amar mucho y para sufrir mucho; que parece que no saben querer porque no lo gritan en la plaza pública, como las mujeres del mercado; pero que quieren hondamente, sin vocinglerías ni arrebatos pasionales... No era de esas almas volcánicas que tanto abundan en el Mediodía; no era de esas mujeres furias que, al saberse seducidas y engañadas, arrojan el vitriolo—ó los insultos—al rostro del amante que las abandonó...

Era de estas almas sencillas y suaves, cuyo amor se cifra todo en ternura, en resigna-

ción, en ansias de apoyo. Cuando estas almas se apasionan, como son poco comunicativas y están avezadas á la soledad y al coloquio con ellas mismas, no dejan escapar toda la fuerza por la boca... Callan su amor y son felices con su silencio. Su pasión se trasluce solamente á los ojos, el más noble refugio visible de esa esencia sutil que llamamos alma. Y estos ojos melados y suaves, estos ojos azules como el cielo ó del color de los castaños del terruño, no son ojos que abrasen en infernales hogueras. Son ojos como los de Luz Fanjul; que dicen el encanto de la vida apacible al lado de la persona amada, buscando el calor de su seno en las crudas tardes invernales, mientras fuera cruje la lluvia mansa... Esos ojos prometen siempre un amor serio y tranquilo, un amor sedante y acariciador como el terciopelo, el amor que se compondrá de melindres nada empalagosos, de cuidados conyugales y de ternuras exquisitas. Un amor que no es pasión sino cariño... A otros espíritus, el amor explosivo y callejero de las almas brutaemente pasionales del Mediodía. Las almas del Norte aman de otro modo...

Cuando estas almas quieren y su cariño

no es bien correspondido,—cuando la semilla cae en terreno ingrato;—las enamoradas no gritan, no juran y perjuran que han de hacer y acontecer...

Un día se asoman al patio de la casa. Y viendo que sin aquella persona amada que era su prolongación espiritual, sin el continuo roce con el objeto del cariño, su alma está oscura como el fondo de aquel patio; las pobres nenas del Norte, calladas, pacientes hasta última hora, sin una queja, sin una rebelión, sienten que su existencia desolada y nula, no tiene finalidad; y, como Luz Fanjul, encaramándose sobre la ventana, ahogan un supremo grito de angustia y describen una curva suicida en el vacío.

.
.
.

...Como se trataba de una familia prestigiosa y muy conocida en la capital, *Diario de Ablanedo*, pacato siempre, no dedicó una sola línea al trágico suceso que aquí se reconstituye, «por no fomentar la insana curiosidad del lector», según dijo á la mañana siguiente, aludiendo con perífrasis pulidas y

discretas á ciertos rumores del dominio público.

¡Conducta que no podrán menos de aplaudir todas las personas sensatas!...

FIN

Cuenca, 20 de Abril.

Madrid, 5 de Mayo de 1909.

59665358

1444

Andrés González-Blanco

El Veraneo

de Luz Fanjul

NOVELA



BIBLIOTECA «ARGENSOLA»

Sección de Escritores

Hispano - Americanos

* * ZARAGOZA * *

273 E. 42



Biblioteca "Argensola"

Obras publicadas

- Los Sitios de Zaragoza.** Diario de Casamayor.
- El Camino de los Ciegos.** Novela por Rafael Pamplona.
- La Hermanita Comino.** Novelas por José M.^a Matheu.
- El Nuevo Libro de los Enxemplos.** Por Alberto Casaña.
- Las Caracolas.** Cuentos Aragoneses, por Juan Blas Ubide.
- Vision de Vida.** Novela por Magdalena S.-Fuentes.
- El Ocaso de Un Sultán.** Crónicas por Darío Pérez.

En prensa

- Los Pueblos Dormidos.** Novela por Rafael Pamplona.
- El Novenario de Un Reumático.** Novela por José García Mercadal.

En preparación

- La Sed.** Novela por Mariano Turmo.
- Pepe Santolaria.** Novela por Luis López Allué.
- Lo Cursi.** Por Mariano Baselga.

Los pedidos á Cecilio Gasca, Librero.
Coso, número 33. Zaragoza.





